

Estructuras de habitación en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Resultados de las campañas de 1980-1982 y 1990

Per a la Prehistòria recent del País Valencià, l'Ereta del Pedregal ha constituït –i continua constituint– un jaciment modèl·lic per la riquesa i varietat de la documentació fornida. Ultra la il·lustració que n'ha fet dels aspectes industrials, econòmics i mèdio-ambientals, no és menys significatiu el fet d'haver proveït l'única seqüència amb què de moment es compta per al període comprés entre el Neolític final i l'Edat del Bronze. El darrer programa d'excavacions enllestit, sobretot des de les campanyes de 1980 a 1982 i l'última de 1990, ha permés d'ampliar el conjunt de les dades en aportar ara una bona informació sobre les estructures d'hàbitat que sempre s'hi havien intuït.

La memòria conjunta d'aquests treballs d'excavació i la presentació de les estructures exhumades, que han donat major contingut a la seqüència coneguda, són l'objecte del present treball. Dins del mateix marc, hom ofereix una interpretació de les diferents estructures des de la consideració de l'Ereta com un hàbitat subjecte a les condicions canviants del particular medi on s'assenta.

Pour la Préhistoire récente du Pays Valencien, l'Ereta del Pedregal a été –et il l'est toujours– un site modèle par sa richesse et la variété de la documentation fournie. En plus d'en avoir illustré des aspects industriels, économiques et de l'environnement, il est également significatif car il a offert la seule séquence que nous ayons pour le moment de la période qui va du Néolithique final à l'Age du Bronze. Le dernier programme de fouilles mis en marche, surtout avec les campagnes de 1980 à 1982 et la dernière de 1990, a permis d'acroître l'ensemble des données en fournissant une bonne information sur les structures d'habitat que l'on y avait toujours supposé.

Le but de cet article est de présenter le rapport de ces fouilles, en particulier les structures mises à jour qui ont donné plus de poids à la séquence déjà connue. Nous offrons finalement une interprétation de ces mêmes structures, en partant de l'idée que l'Ereta est un habitat soumis aux conditions changeantes du milieu très particulier sur lequel il est installé.

INTRODUCCIÓN

EL SIGNIFICADO DE LA ERETA

La Ereta del Pedregal constituye, sin ninguna duda, uno de los yacimientos arqueológicos del País Valenciano que mayor transcendencia bibliográfica ha alcanzado en el campo de estudio de la Prehistoria reciente. Su importancia la debe tanto a la riqueza de materiales y estructuras de habitación que ha propor-

cionado, como al hecho de poseer la única secuencia bien documentada en la actualidad entre el Neolítico final y la Edad del Bronce en dicho ámbito.

Si nos situamos en el terreno de las actuaciones arqueológicas, la Ereta del Pedregal es también uno de los yacimientos donde el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia ha llevado a cabo hasta ahora un mayor número de campañas de excavación. El total de las realizadas asciende a 24, cubriendo de forma intermitente un periodo de tiempo

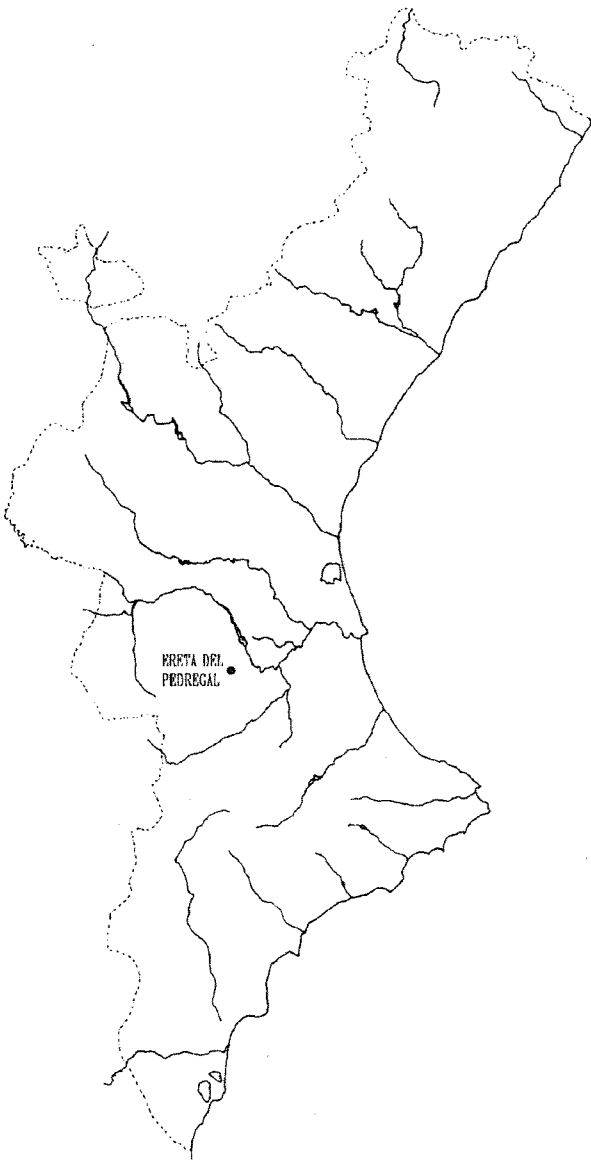


Fig. 1.— Localización del yacimiento.

que comenzó en el año 1942 y que ha terminado de forma provisional en el año 1990. Las reseñas puntuales de estas excavaciones han ido apareciendo, a modo de avance, en las Memorias anuales del S.I.P., si bien algunas campañas han sido objeto de una valoración más detallada. Así, los trabajos de los años 40 (de 1944 a 1948, más concretamente) han sido publicados por D. Fletcher (1961), los del año 1963 por D. Fletcher, E. Pla y E.A. Llobregat (1965), los del 1964 por D. Fletcher y E. Pla (1966), y los de los años 76 a 79 por E. Pla, B. Martí y J. Bernabeu (1983a).

Los diferentes programas de excavación han respondido, según el momento, a objetivos variados —si

bien complementarios—, y han sido acometidos con medios y metodología no siempre coincidentes. Los criterios más sistemáticos empezaron a aplicarse a raíz de la campaña de 1963, culminando esta nueva orientación de los trabajos en el programa desarrollado a partir de 1976, finalizado en 1990, y que ha cerrado por ahora el ciclo de intervenciones. Esta última fase ha contado, además, con una amplia colaboración interdisciplinar en palinología, sedimentología y arqueozoología, habiéndose integrado estos estudios con el conjunto de datos que ya se poseía del yacimiento.

Algunos de los resultados obtenidos en estos campos, aunque por separado, han sido ya presentados extensamente: la secuencia palinológica por M. Dupré (1988), complementando los primeros análisis realizados por J. Menéndez Amor y F. Florschütz (1961); la secuencia sedimentológica por M.P. Fumal (1986); y el análisis de la fauna por M. Pérez Ripoll (1990). Fruto también de esta última fase de actuaciones ha de considerarse la nueva valoración de la secuencia cultural de la Ereta a cargo de E. Pla, B. Martí y J. Bernabeu (1983b).

Por otro lado, no hay que olvidar la continuada atención que se ha prestado a determinados aspectos de la cultura material de la Ereta, normalmente tratados como casos de estudio en diferentes trabajos temáticos. Así, a I. Ballester (1946) se debe la presentación de los ídolos oculados del yacimiento recuperados en las más viejas campañas de excavación, y a B.M. Blance (1959) el análisis espectrográfico de algunas piezas metálicas; J. Bernabeu, por su parte, ha recurrido a objetos de ornamento y materiales cerámicos de esta procedencia para ilustrar los consiguientes rasgos tipológicos del Eneolítico valenciano (BERNABEU, 1979 y 1984); y más recientemente, M.D. Gallart y M. Lago (1988) han ofrecido una primera valoración petrológica y de posible procedencia de algunos utensilios de piedra pulida.

En la actualidad, otros estudios centrados asimismo en la cultura material del yacimiento se encuentran en curso de realización: industria ósea (J.Ll. Pascual), industria de piedra pulida (T. Orozco) e industria lítica de talla (J. Juan-Cabanilles).

Como se desprende de estos datos, el conocimiento que se tiene de la Ereta se encuentra bastante disperso en la bibliografía, no habiéndose ultimado aún, por diversas circunstancias, la varias veces proyectada síntesis global sobre el yacimiento.

Así pues, el presente trabajo viene a representar

otra más de esas informaciones parciales, ahora con el objeto de dar a conocer el conjunto de las estructuras constructivas en piedra documentadas en la más reciente etapa de excavaciones.

LAS INTERVENCIONES DE 1976-79

Los trabajos que dieron comienzo en el año 1976, bajo la dirección de E. Pla Ballester y con B. Martí Oliver al frente de las tareas de campo, se plantearon con una intención bien definida: la reconstrucción de las estructuras de habitat de la Ereta que la lectura atenta de los antiguos diarios y memorias de excavación permitía intuir; máxime cuando el yacimiento reunía todas las características de un asentamiento estable. En dichos diarios se hacía mención a la existencia en diversos sectores de algunas aglomeraciones de piedras, pavimentos de barro, estructuras de hogar, "fondos de cabaña", etc., poco documentados en su conjunto por los imperativos de unas excavaciones eminentemente verticales.

En la campaña de 1976 se procedió inicialmente a una nueva cuadrícula del yacimiento a partir de dos grandes ejes que partían del punto cero establecido en el año 1969, delimitándose unos cuadros de un metro de lado. Los trabajos de esta campaña y de las dos siguientes, 1977 y 1978 (fig. 2), se concentraron en la zona SW del yacimiento (PLA, MARTÍ y BERNABEU, 1983a), abriéndose un total de 9 cuadros (K5-7, L5-7 y J5-7) y alcanzándose el nivel de base de la Ereta, constituido por un potente estrato de turba, en dos de ellos (K7 y L7). La excavación de estos cuadros, aparte de una buena secuencia estratigráfica, sólo aportó datos sueltos sobre los elementos constructivos y de acondicionamiento del habitat, en forma de fragmentos de barro endurecido con improntas de cañas y ramajes, manchas o costras de barro rubefacto, algunas acumulaciones de piedras poco definidas y a distintos niveles de profundidad, etc. Esto hizo que en la misma campaña de 1978 se trasladase el campo de actividades a otra zona del yacimiento a fin de continuar con el objetivo inicial fijado en 1976. Se eligió un área en la parte opuesta a la que hasta ahora se había trabajado y que, pese a que había sido ya excavada parcialmente en 1963, ofrecía unas buenas expectativas por las referencias a lechos de piedras, hogares y "fondos de cabaña" que se hacía en la memoria correspondiente (FLETCHER, PLA y LLOBREGAT, 1965).

En esta zona, al este del yacimiento (fig. 2), se

limpiaron y abrieron otros 9 cuadros (A19-21, B19-21 y C19-21), pero se creyó más conveniente en un principio continuar los trabajos en profundidad a fin de poder contrastar, en un yacimiento con tan amplio espacio excavado, los resultados estratigráficos alcanzados en diferentes sectores. Esta excavación en profundidad afectó aquí exclusivamente a los cuadros A20 y A21, y la secuencia obtenida reveló sus concordancias con la de la zona SW más alejada y con otros resultados ya publicados, especialmente los de 1963.

Tal como han subrayado sus excavadores, "con las campañas de 1976 a 1978 se cerraba una etapa del estudio del poblado al contar con unas nuevas guías sobre su evolución desde las que valorar y matizar los resultados anteriores" (PLA, MARTÍ y BERNABEU, 1983a: 44). Así pues, a partir de la campaña de 1979, el objetivo de los trabajos pasó a centrarse —esta vez sí— en el estudio de las estructuras de habitación. Para tal efecto se acondicionó una extensa zona, colateral en su parte este con la abierta en 1978 (fig. 2), afectando a 18 cuadros (e23-25, d23-25, b23-24, a23-24, A23-24, B23-24, C23-24 y D23-24). La elección de esta zona la sugirió la memoria de los trabajos de 1942, según la cual existía en esta parte del yacimiento un estrato de piedras bien definido, localizado a una profundidad media de 85 cm, y que había sido dejado tal cual sin mayores remociones. La tarea consistió, por tanto, en encontrar dicho nivel de piedras, levantando la tierra allí acumulada, y proceder a abrir en extensión desde aquí los cuadros señalados. Ello permitió poner al descubierto, y ahora con seguridad (PLA, MARTÍ y BERNABEU, 1983a: 44-45), una serie de estructuras de habitación (fig. 3) que comprendían los restos de un muro (cuadros b23-24), otro más amplio formado por piedras de tamaño homogéneo (cuadros a23-24 y A23), una posible alineación de piedras (cuadros e24 y d25), y un pequeño conjunto de piedras y barrocos cochos (cuadro D23).

Descender a una interpretación precisa de las estructuras exhumadas resultaba difícil en esos momentos, en tanto no se excavasen las zonas adyacentes. Este fue en definitiva el objetivo de las siguientes campañas (1980 a 1982), cuyos resultados, prácticamente inéditos, son el motivo del presente trabajo. Decimos prácticamente inéditos porque algunas alusiones a las estructuras constructivas de la Ereta ya han sido hechas en publicaciones más o menos recientes, tras la culminación, eso sí, del grueso de los trabajos en 1982 (p. ej. PLA, MARTÍ y BERNABEU,

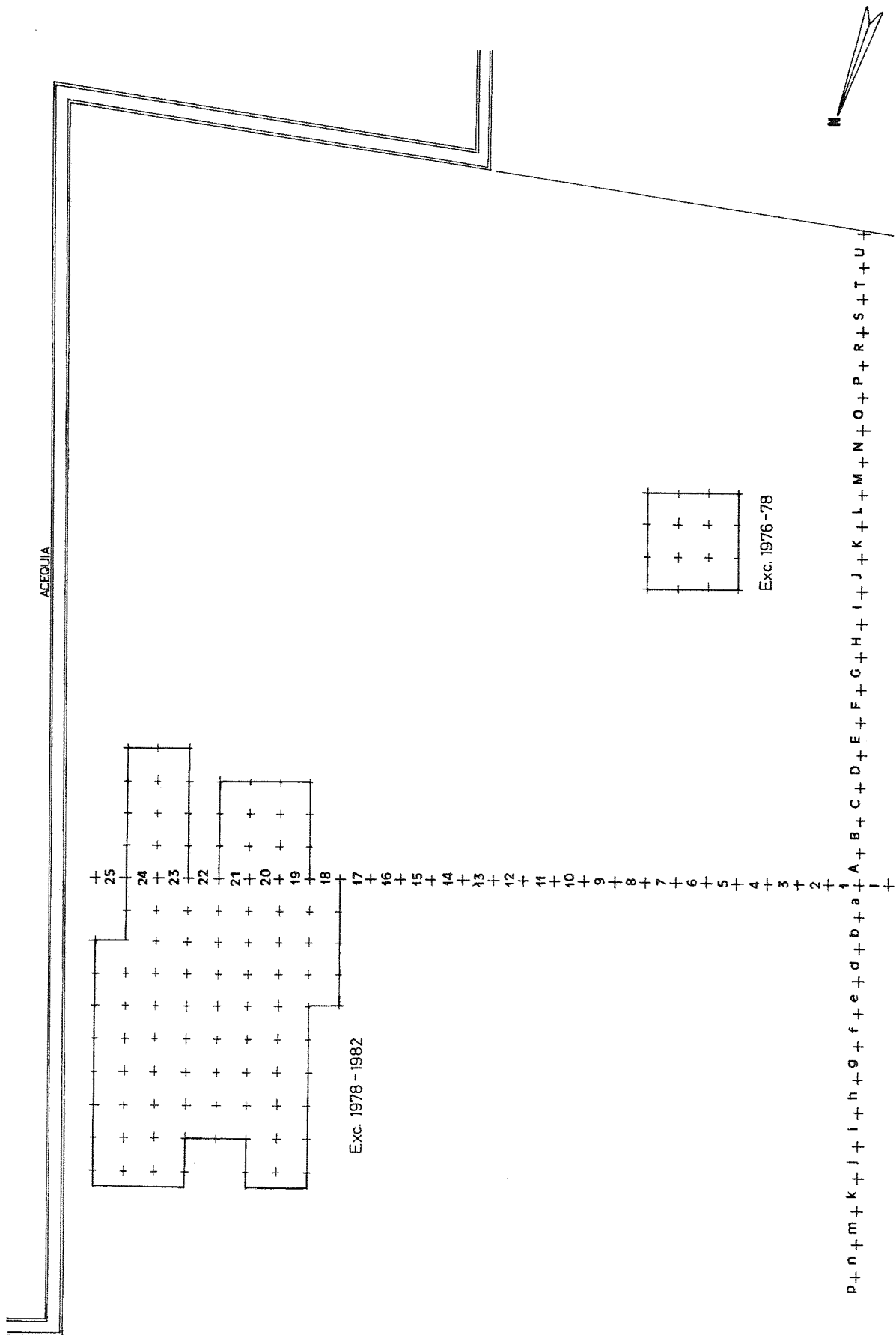


Fig. 2.- Plano general de la Ereta. Sectores y cuadros excavados en las campañas de 1976 a 1982.

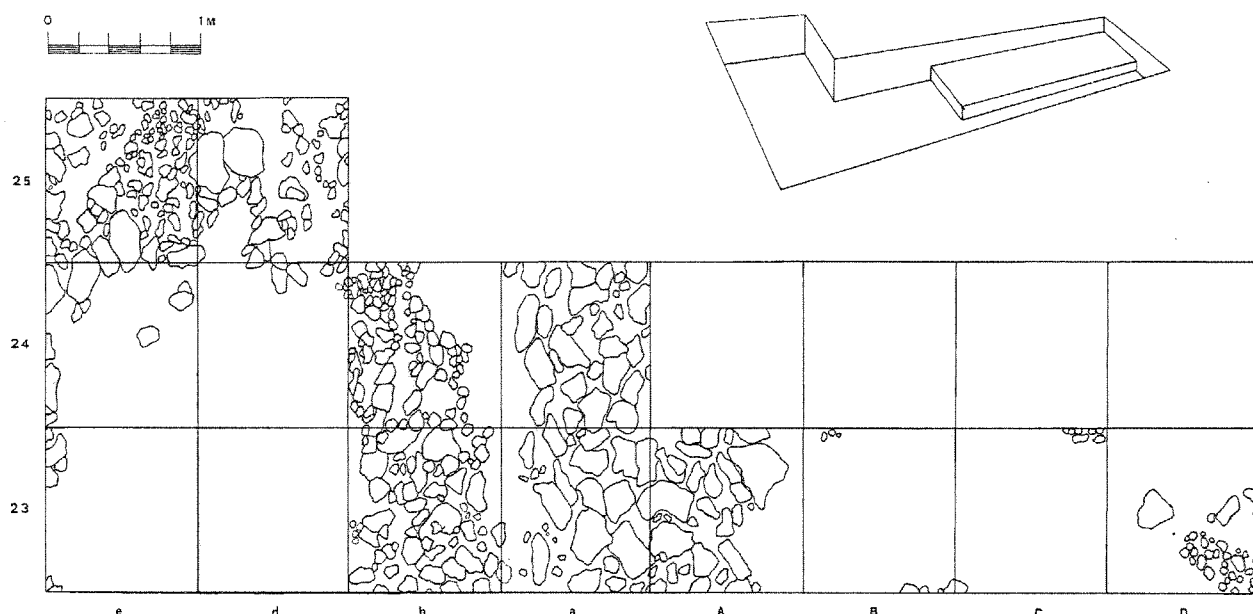


Fig. 3.- Planta de los cuadros excavados en la campaña de 1979. (Según Pla, Martí y Bernabeu, 1983a: 48, fig. 5).

1983b; BERNABEU, 1984; BERNABEU, GUITART y PASCUAL, 1988).

LAS CAMPAÑAS DE 1980-1982

LOS TRABAJOS

Las campañas de 1980-82 estuvieron dirigidas por E. Pla y B. Martí, contando con la colaboración de J. Bernabeu en la supervisión de las tareas de campo (1).

En la **Campaña de 1980**, la excavación se concentró en los cuadros a18-22, b18-22, d18-21, e18-21, f19 y g19 (fig. 2); con ello quedaron perfilados los dos grandes ejes a partir de los cuales iba a trabajarse en ésta y las siguientes campañas, constituidos por la línea más occidental que marcan los cuadros a-m19 (los a-e18 quedaron como testigos después de un ligero desmonte), y la más meridional que dibujan los cuadros a19-25. Siguiendo la memoria de las actuaciones correspondientes a este año (*La labor...*, 1980: 88-90), la potencia máxima alcanzada fue de 110 cm, viniendo a representar un tope de diez capas artificiales y comprendiendo un nivel superficial removido y el buscado primer nivel de estructuras de piedra. Hay que señalar que la profundidad de 110 cm (siempre con referencia al plano cero general del yacimiento), a la que en algunos puntos se definía más claramente el mencionado nivel de piedras, no era uniforme en

la totalidad de los cuadros excavados, ya que en algunos de ellos, los más occidentales, este nivel aparecía a una cota más alta de -80 cm (p. ej. cuadros a19-20) o de -95 cm (cuadros a21, e19-20). Esto es debido al ligero buzamiento que presenta la Ereta en dirección SW-NE en esta parte del yacimiento y a la conservación de más hiladas de piedras en aquellos alineamientos que pueden interpretarse como muros —como seguidamente veremos— y que no fueron apenas afectados por los trabajos de los años 40, más localizados en el extremo nororiental. El nivel superficial de tierras revueltas, con hallazgo de materiales modernos, alcanzó las tres primeras capas hasta una profundidad de 65 cm. Las capas 4 y 5, si bien muy esporádicamente, todavía ofrecieron alguna intrusión de época reciente, considerándose como el inicio del nivel de relleno correspondiente a las primeras estructuras de habitación, cuya base parecía situarse, como hemos visto, en torno a los 110 cm de profundidad.

Al final de la campaña de 1980, la impresión que podía extraerse de la zona hasta ahora excavada era la siguiente (fig. 4): La parte principal de las estructuras exhumadas la constituía un grueso muro (muro α) de dirección aproximada E-W, extendiéndose a través de los cuadros A-a/18-24 y pareciendo continuar hacia poniente según evidenciaba su incrustación en el corte de la pared W de a18 y las observaciones deducidas de anteriores campañas. Adosada a él se obser-

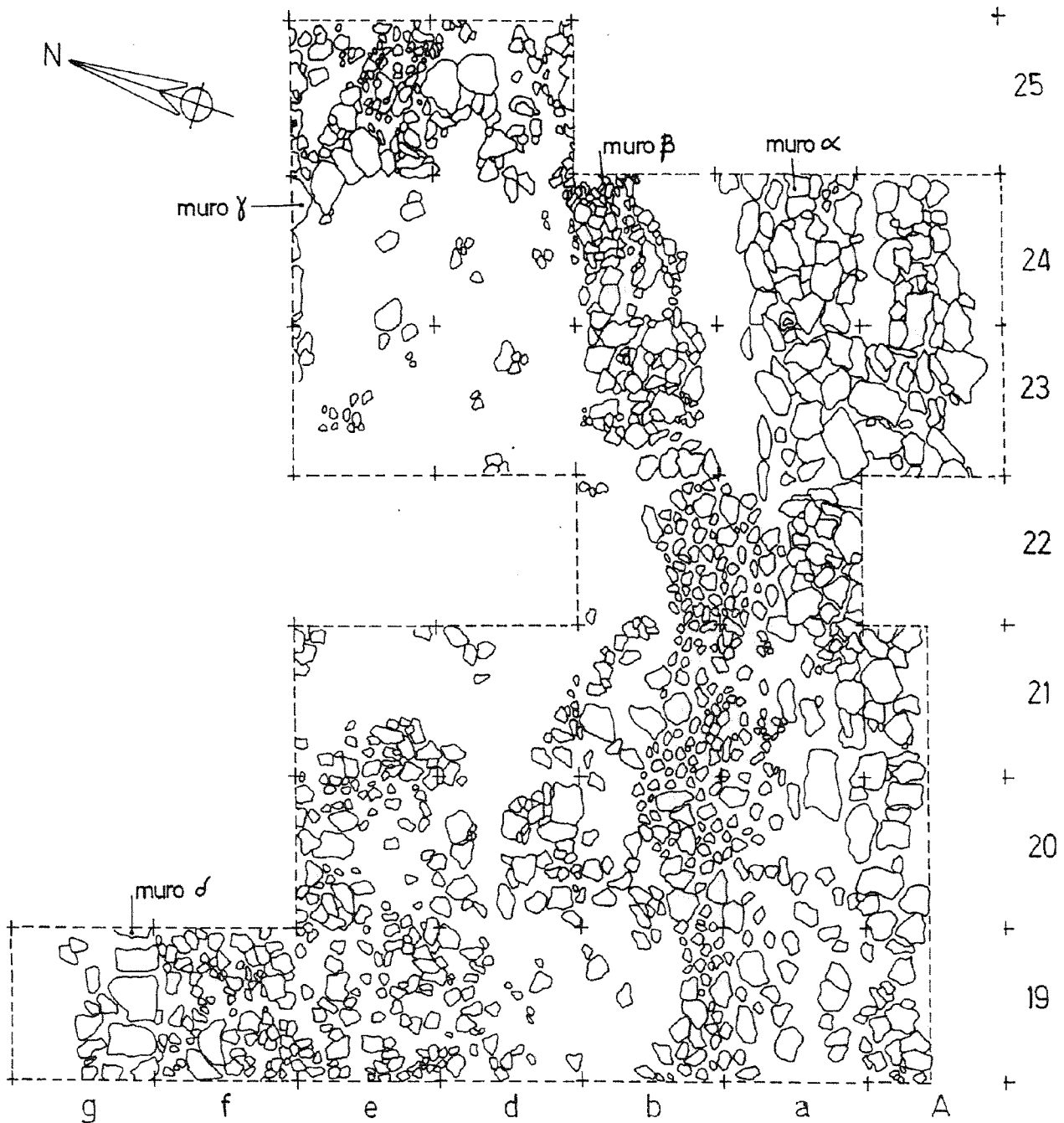


Fig. 4.- Planta de la excavación al final de la campaña de 1980. Profundidad máxima: 110 cm (capa 10) desde el punto 0. Otras profundidades: -80 cm (capa 5) en a19-20; -95 cm (capa 8) en a21, e19-20, f19 y g19.

vaba una gran concentración de piedras (designada como muro β), en general de tamaño menor, formando un talud que descendía hacia el norte y que cubría toda la extensión de los cuadros b18-24. La independencia de esta estructura con respecto a la mejor definida que suponía el muro α venía sugerida por los espacios vacíos entre ambas que se advertían más claramente en la zona abierta en 1979 (cuadros a-b/23-

24); y el que formara talud se interpretó como producto de su destrucción o derrumbe. A su vez, todo el conjunto del "muro β " se relacionó con la alineación de piedras de los cuadros e24 y d25 (muro γ) puesta al descubierto también en 1979, suponiéndose que uno y otro elementos formaban parte de una estructura de habitación rectangular constituida por paredes de zócalo de piedras. Por otra parte, la apertura de los

cuadros f19 y g19 proporcionó los primeros indicios de que a la altura de este último cuadro podría discuir otro muro (muro δ) paralelo al anteriormente descrito (muro β).

En la **campana de 1981** se continuó trabajando (fig. 2), por un lado, en algunos de los cuadros que ya habían sido abiertos en 1979 ó 1980, caso de los a19-21 y a23-24, b19-24, d19-21 y d23-24, e19-21 y e23-24, f19 y g19; por otro lado, se procedió a desmontar los testigos centrales que constituían los cuadros d22 y e22 y a hacer avanzar la excavación en dirección norte abriendo otros 20 nuevos cuadros: f20 y f23-25, g20 y g23-25, h19-20 y h23-25, i19-20 e i23-25, y j19-20 (estos dos en su mitad sur). En función de los objetivos generales de la excavación programada y de las diversas necesidades que iban surgiendo conforme ésta avanzaba, puede hablarse de una triple dirección en los trabajos del 81. En primer lugar, el hecho de continuar profundizando en aquellos cuadros donde ya era bien visible el nivel inicial de estructuras de habitación, en forma de muros o aglomeraciones de piedras (caso de algunos de los cuadros comprendidos en la zona a-e/19-25), respondía a la intención de perfilar mejor dichas estructuras (muros α , β y γ , talud del muro β), encontrar su punto de arranque y ver las relaciones que guardaban entre ellas. En principio, el desmonte afectó a una o dos nuevas capas, según los sectores y de acuerdo con las condiciones topográficas del yacimiento ya señaladas, llegándose a una profundidad máxima de 130 cms (capa 12); a este mismo nivel, por regla general, es al que se profundizó en algunos de los nuevos cuadros abiertos (d22, e22 y gran parte de los f19-20 y f23-24). Una segunda dirección de los trabajos es la que se concretó en una nueva excavación vertical del área delimitada por los cuadros b23-24, d22-24 y e21-24, partiendo de la cota indicada de -130 cm; en todos estos cuadros se llegó al nivel de base de la Ereta, el conocido y potente estrato de turba, que apareció a una profundidad media de 165 cm (capa 16). Con ello se pretendía observar la articulación estratigráfica del primer nivel de estructuras de habitación con los estratos subyacentes que, a tenor de los resultados obtenidos en otras zonas del yacimiento, parecían contener otros testimonios de estructuras en piedra. Por último, dentro de una tercera dirección hay que considerar las actividades que se desarrollaron en la parte más al norte del yacimiento, entre las líneas que marcaban los cuadros g19-25 e i19-25. El propósito era de con-

tinuar despejando superficialmente más espacio de terreno, a uno y otro lado del testigo central que arrancaba de f21-22, para ver la entidad del posible muro δ , puesto al descubierto en los momentos finales de la campaña de 1980 (cuadro g19), y del muro γ , que venía siguiéndose desde 1979 en el sector opuesto (cuadros d25 y e24).

El panorama que se ofrecía al final de la campaña de 1981 lo exponemos a continuación. En la parte meridional del área excavada se destacaba ya por entero la independencia de los muros α y β , dado el espacio libre de piedras que se completaba entre ambos (mitad norte de los cuadros a19-24), bien visible en la planta de la capa 11 (fig. 5), y que venía a representar un claro corredor de separación; por lo tanto, los dos muros debían corresponder a dos estructuras de habitación distintas. Respecto a la naturaleza del talud de piedras del muro β , parte se vio que podía corresponder al derrumbe de dicho muro, pero parte se reveló como un potente empedrado que, extendiéndose en dirección norte, ocupaba prácticamente toda la zona central del área excavada. Tal empedrado se desarrollaba también en profundidad, pareciendo detenerse en algunos puntos al mismo nivel de base del muro β (-130 cm de máximo), idéntica cota desde la que arrancaba el muro α ; las sucesivas capas de empedrados, pues, había que ponerlas en relación con estos muros, especialmente el β que constituía su límite sur, si bien en otros puntos parecían seguir ahondando ininterrumpidamente hasta el estrato más inferior de la Ereta. En esta misma zona, en los cuadros d21 y d22, y desde la capa 11, se comprobó la existencia de una estructura de hogar en forma de cubeta, bien delimitada entre las piedras de lo que ya se entrevió como un suelo de habitación (empedrado) (fig. 6). Por otro lado, para el problema de la articulación de los muros β y γ fue del todo decisiva la excavación en profundidad de los cuadros b-e24. En realidad, ambos muros no formaban parte de un mismo conjunto tal como se había supuesto en 1980, sino que correspondían a dos estructuras diferentes claramente superpuestas; esto lo delataba el hecho de que, a la altura de los cuadros señalados, el empedrado relacionado con el muro β buzaba con toda evidencia por debajo del muro γ , marcándose un pequeño segmento estratigráfico de tierra, libre de piedras, entre muro y empedrado (lám. I). En su seguimiento, el muro γ continuaba desarrollándose en dirección NW tras el levantamiento de los estratos superficiales de los cuadros f24 y g23. En cuanto al

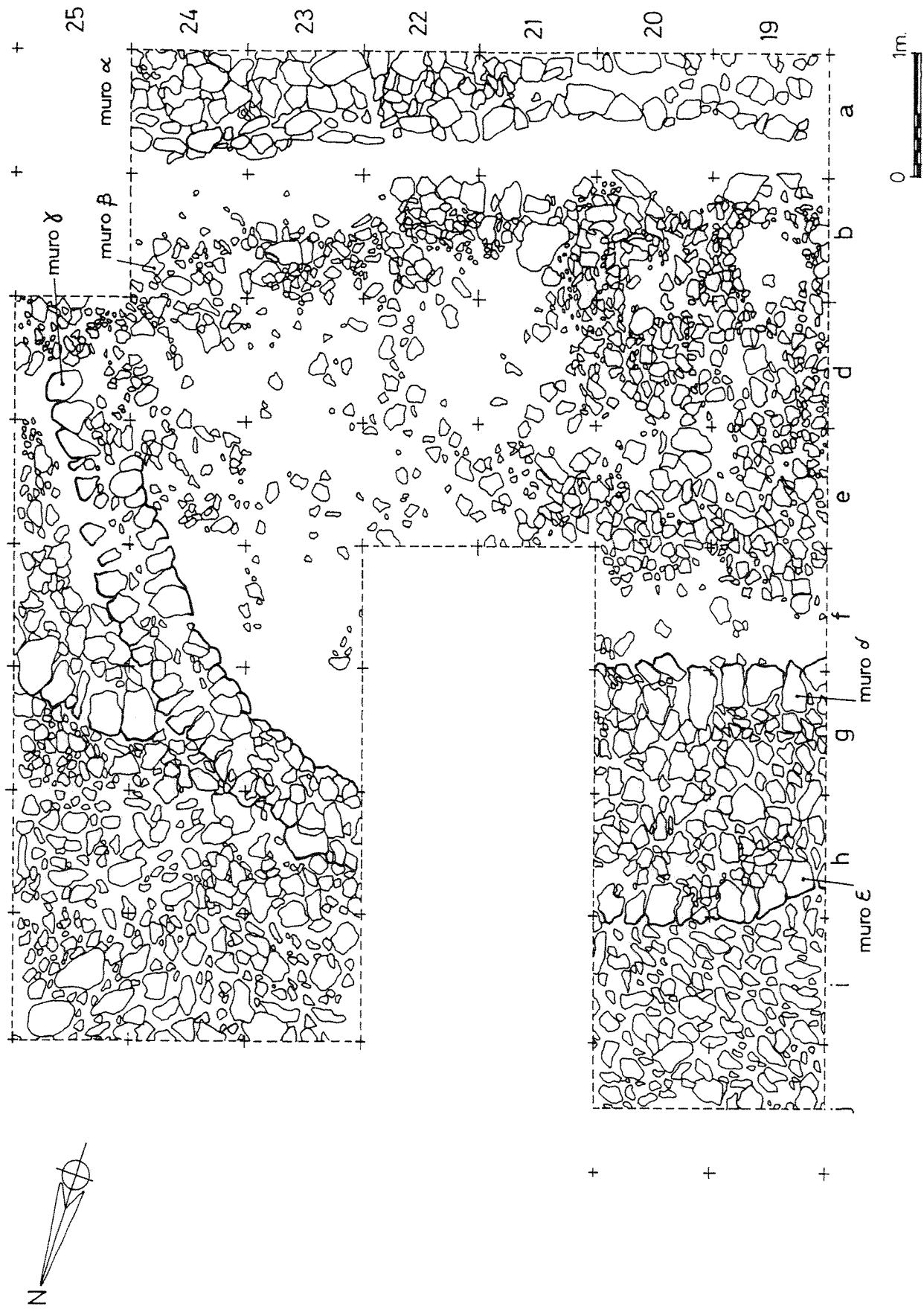


Fig. 5.- Campaña de 1981. Planta de la excavación tras el levantamiento de la capa 11 y la limpieza superficial de los cuadros septentrionales. Profundidad máxima: 120 cm desde el punto 0. Otras profundidades: -60/-75 cm (capas 3-4) en g23-25; -85 cm (capa 7) en g19-20; -110 cm (capa 10) en a21 y f19.

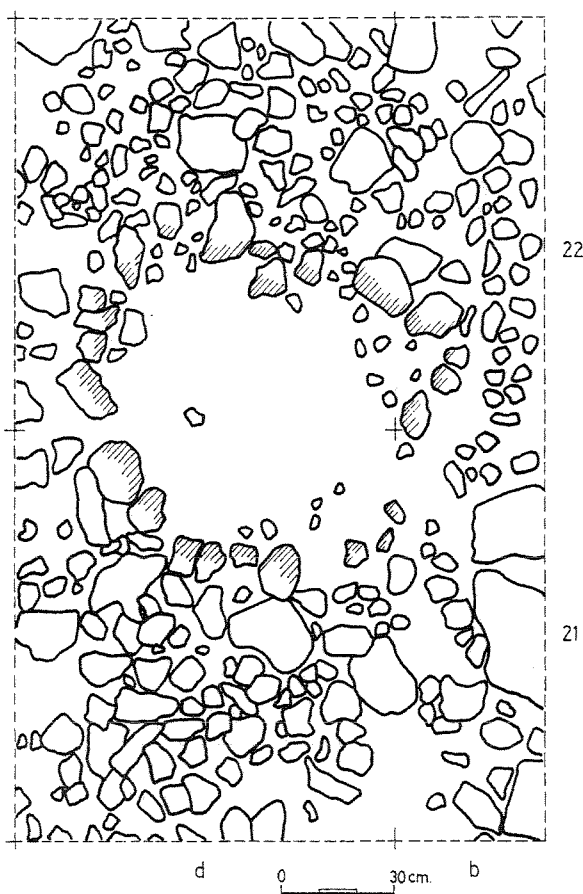


Fig. 6.- Circulo de piedras perfilando una estructura de hogar en los cuadros d21-22. Planta a la profundidad de la capa 12 (-130 cm).



Lám. I.- Vista del buzamiento del empedrado de EP-II por debajo del muro γ , campaña de 1981.

muro δ , en el cuadro g20 se identificó un nuevo tramo hacia el este. Sin embargo, lo más significativo de las tareas realizadas en este ángulo concreto fue el hallazgo de un nuevo alineamiento de piedras (muro ϵ) que discurría por los cuadros h19-20, paralelamente al muro δ . El testigo que conformaban los cuadros g21-

22 y h21-22 impedía precisar con claridad si el muro ϵ enlazaba con el γ , que parecía incurvarse hacia el oeste a la altura de h23. Esto hizo interpretar los muros δ y ϵ , de forma provisional, como integrantes de una potente construcción (¿muralla?) en que el primer alineamiento constituía su paramento interno y el segundo el externo, encerrando un gran relleno de piedras. Por último, externamente a los muros ϵ y γ se destacaban grandes aglomeraciones de piedras que se explicaban como el arrasamiento de estas estructuras. Con todo, aún parecía perfilarse en el sector ocupado por los cuadros g24-25 otra incipiente alineación de grandes piedras, de contorno curvo, que arrancando del muro γ , en el punto g24, se perdía en el extremo más oriental, límite virtual de la parte de yacimiento excavable.

La **campaña de 1982** se acometió con el objetivo de desmontar el testigo que ocupaba la parte central de la zona de trabajo y seguir abriendo un poco más de espacio lateralmente para ver el alcance del probable nivel de derrumbe que se relacionaba con las estructuras constructivas más externas. Las tareas afectaron concretamente (fig. 2) a los cuadros f-g-h-i/21-22 (zona del testigo), y a los j19-20 (en su mitad norte), j23-25, k19-20 (en su mitad sur) y k23-25 (también en su mitad sur). En todos ellos se profundizó hasta el nivel que se había alcanzado en los inmediatos cuadros vecinos, entre -60/-75 cm y -110 cm.

La excavación del testigo, en sus cuadros centrales, desveló una complicada articulación de las distintas construcciones que concurrían en este punto (fig. 7). El muro δ pudo seguirse en un tramo más (g21-22) en su dirección este, quedando bruscamente interrumpido en g23, cuya parte meridional había sido rebajada ya en la anterior campaña a la cota de la capa 12 (-130 cms), al no haber aparecido vestigios significativos de piedras. El muro γ , después de su señalada inflexión en g-h23, continuaba igualmente derecho hacia el oeste, difuminándose su trazado en la zona de los cuadros h19-20. Por tanto, dicho muro no parecía enlazar con el ϵ , que a su vez podía rastrearse de alguna forma en h21, paralelamente al primero al igual que el muro δ . Los espacios entre muros aparecían siempre repletos de piedras y tierra.

Realmente, todo este sector centro-occidental de la excavación (g-h/19-22) presentaba grandes dificultades a la hora de ser interpretado. Los muros o alineamientos δ y ϵ podían formar parte de un mismo conjunto constructivo, en la función indicada de para-

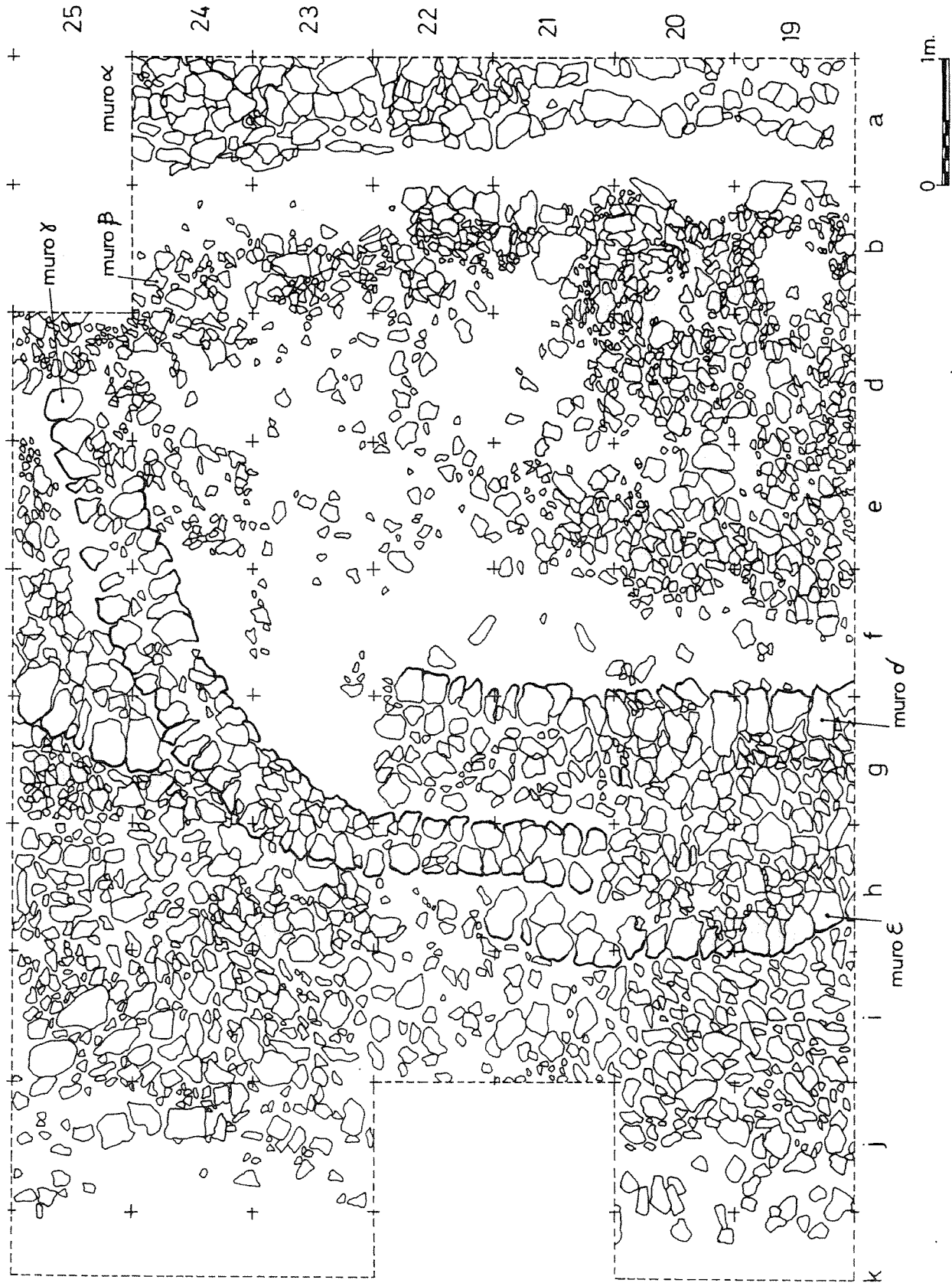


Fig. 7.- Planta de la excavación al final de la campaña de 1982.

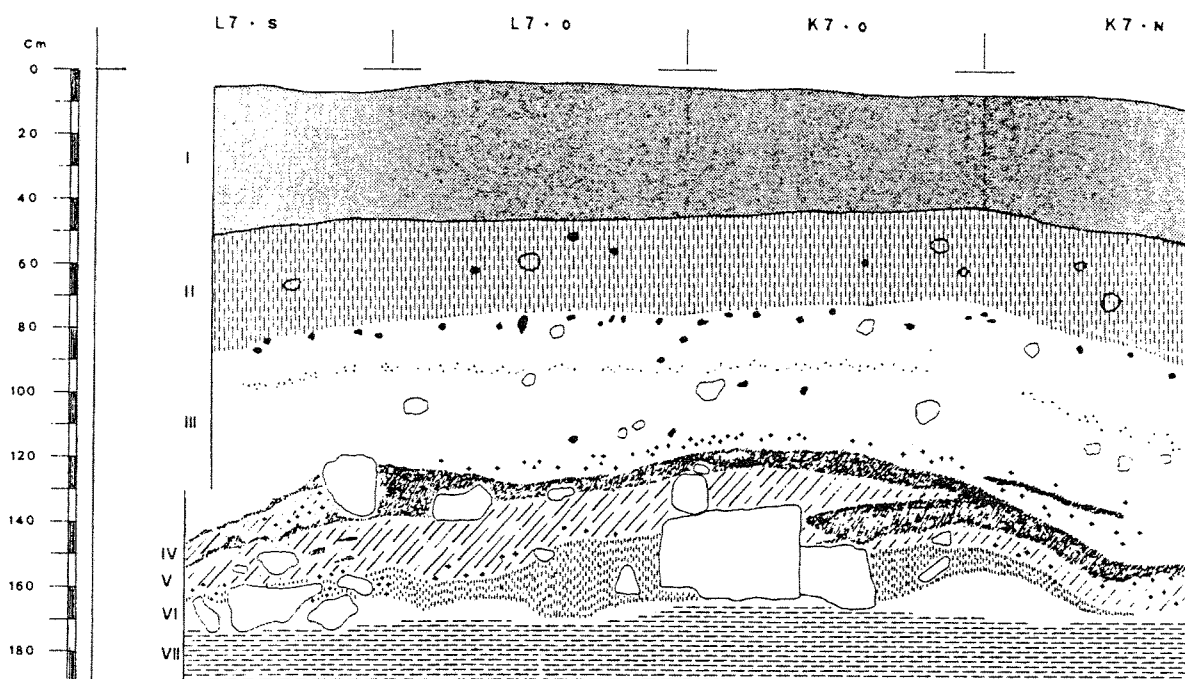


Fig. 8.- Corte estratigráfico de los cuadros L7 y K7, campañas 1976-1978. (Según Pla, Martí y Bernabeu, 1983a: 4, fig. 4).

mentos interno y externo de una gruesa muralla, pero su relación con el muro γ no quedaba con esto demasiado clara. Cabía también la posibilidad de que las estructuras δ y ϵ fueran el resultado de sucesivas refecciones y refuerzos de una construcción originaria que podía ser el muro γ . Para una correcta interpretación había que contar, además, con que todas estas construcciones correspondían estratigráficamente a la misma fase de desarrollo.

Esto no obstante, lo que sí parecía concretarse es que todo este conjunto de estructuras representaba las más externas de las hasta ahora exhumadas en esta parte del yacimiento. Incidía en ello el que en los extremos más septentrionales hasta donde se había hecho avanzar la excavación, en extensión y profundidad, desaparecían en planta las concentraciones de piedras sin ninguna definición indicando, con toda probabilidad, el límite del arrasamiento.

La conclusión a la que se llegaba era, pues, que el conjunto de los muros γ , δ y ϵ formaban parte del sistema de cierre del poblado de la Ereta en su última etapa de existencia. Esta suposición coincidía asimismo con el hecho de que prácticamente se había alcanzado el límite excavable del yacimiento en los extremos este y norte, con más evidencia en el último de ellos. Ciertamente, en el eje en que discurrirían los cuadros "q" y "r", la superficie de terreno donde se asienta el yacimiento de la Ereta queda bruscamente

interrumpida por un canal artificial de drenaje que recoge las aguas de "La Marjal" de Navarrés. Este canal se construyó aprovechando el cauce natural de desagüe de una cercana surgencia —la "Fuente del Pescado" (CHOCOMELI, 1946)—. A falta de un preciso estudio geomorfológico, este curso de agua, uno de los más caudalosos que alimentaban el marjal, parece que siempre ha discurrido por este punto, por lo que es plausible que constituyera aquí un verdadero límite al desarrollo del poblado prehistórico.

VALORACIÓN GLOBAL DE LOS RESULTADOS: IMPLICACIONES ESTRATIGRÁFICAS Y DE SECUENCIA CULTURAL

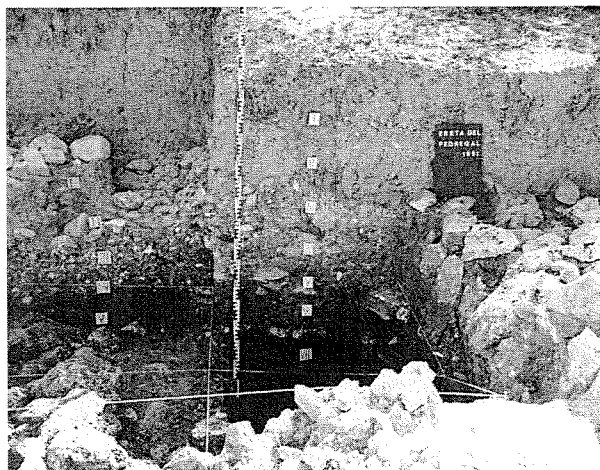
Los trabajos llevados a cabo en el ángulo NE de la Ereta, desde finales de la campaña de 1978 a la de 1982, han revestido un gran significado no sólo por haber permitido documentar por primera vez unas estructuras de habitación que siempre se habían intuido, sino también por la posibilidad que se ha ofrecido de articularlas estratigráficamente y de fijar con bastante claridad los distintos momentos evolutivos del yacimiento. En otras palabras, se ha completado la secuencia de la Ereta en términos de fases de construcción.

En líneas generales, han sido corroboradas las 7 unidades estratigráficas que las excavaciones vertica-

les de otros sectores del yacimiento ya habían puesto de manifiesto, especialmente las de 1963 (FLETCHER, PLA y LLOBREGAT, 1965) y las de 1976-78 (PLA, MARTÍ y BERNABEU, 1983a). Seis de estas unidades –la séptima la constituye el estrato de turba o nivel de base de la Ereta–, pueden ser referidas al menos a tres niveles “culturales” (un cuarto es más impreciso, como veremos), con sus correspondientes estructuras. En su valoración seguimos los datos consignados en los diarios de excavación y algunos avances publicados (*La labor...*, 1981: 124-128 y 1982: 111-113; PLA, MARTÍ y BERNABEU, 1983b), debiendo advertir que el balance que ahora ofrecemos es el que podía hacerse al final de la campaña de 1982; los más recientes trabajos realizados en la Ereta (campaña de 1990) han aportado algunas precisiones que luego serán expuestas en detalle, aunque también es cierto que éstas sólo afectan a la interpretación de las estructuras de la última fase del poblado (Ereta III). La secuencia general, por tanto, no ha sufrido variaciones, quedando establecida, en un sentido ascendente, de la forma que sigue (fig. 8; lám. II):

NIVEL I (EP-I).– Supone el inicio de la ocupación de la Ereta del Pedregal, caracterizándose, en el plano de las estructuras constructivas, por la presencia de densos conjuntos de piedras de mediano y gran tamaño que reposan directamente sobre la turba. En los 11 metros cuadrados excavados de este nivel (zona de los cuadros b23-24, d22-24 y e21-24, y zona de los A20-21), no ha sido posible apreciar ninguna forma determinada para tales conjuntos, que se interpretan como un primer acondicionamiento del habitat en su instalación sobre las tierras muy húmedas y poco firmes de “La Marjal” de Navarrés. Entre las piedras es frecuente observar fragmentos de barro endurecido que podrían haber ayudado a reforzar el aislamiento del suelo turboso.

Con respecto al plano cero, la base de estas estructuras se sitúa por término medio a 165 cm de profundidad, coincidiendo con la aparición de la turba pura. En sus primeros 20 cm, de -165 a -145 cm, estas piedras quedan englobadas en una tierra turbosa (lám. III), el estrato VI, y presentan por lo general un tamaño mayor que en la parte superior de este mismo nivel de ocupación, el estrato V, que se desarrolla entre los -145 y -130 cm; este último ha de considerarse un estrato de relleno del inmediato subyacente, presentando ya un sedimento de coloración grisácea como el resto de la secuencia estratigráfica (para las caracte-



Lám. II.– Vista de la zona rebajada correspondiente a los cuadros b-e24 en la campaña de 1981, con el corte estratigráfico completo de la pared E de b24.



Lám. III.– Primeros testimonios de las aglomeraciones de piedras que caracterizan el primer nivel de la Ereta (EP-I), incluidas en la tierra turbosa del estrato VI. Cuadros A20-21, campaña de 1978 (ver también lám. II).

rísticas específicas de la sedimentación de la Ereta, véase FUMANAL, 1986: 164-170). La potencia del Nivel I es, pues, de 35 cm aproximadamente, afectando a las capas de excavación 13 a 16.

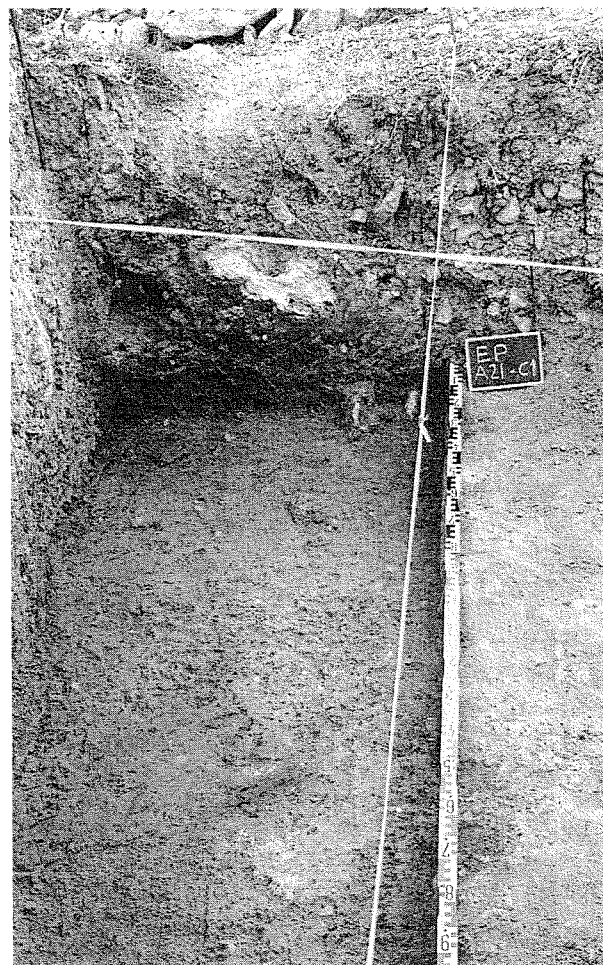
Cultural y cronológicamente este nivel inicial de la Ereta ofrece cierta indeterminación, si bien algunos materiales característicos permiten un enmarque relativo. La industria lítica de talla comporta ya un buen bagaje de puntas de flecha, siendo las de tipología "cruciforme" (o aletas en apéndice) las mejor representadas. La cerámica, como en el resto del yacimiento, es escasa debido a las condiciones extremadamente húmedas del depósito y a su baja cocción, aunque proporciona algunas formas relacionables con el Neolítico final peninsular, caso de las escudillas y las tazas carenadas (BERNABEU, 1984; BERNABEU, GUITART y PASCUAL, 1988). Atendiendo a estos datos, que deberán matizarse tras el análisis exhaustivo del conjunto de los materiales y su comparación con los resultados alcanzados en otras partes del poblado, el Nivel I de la Ereta quedaría comprendido entre el final del Neolítico y el Eneolítico pleno (pre-campaniforme), con una cronología centrada en la primera mitad del tercer milenio a.C.

NIVEL II (EP-II).- Entre los 125 y 130 cm de profundidad se encuentra la base de los muros α y β , que discurren paralelamente y en dirección E-W en la parte meridional de la zona excavada. Su anchura es variable y muy distinta entre si, ya que mientras el α sobrepasa los 140 cm, el muro β , con el problema de encontrarse más degradado y de no poder precisar con exactitud su cara interna (cara norte), no parece rebasar los 50-60 cm de ancho. Ambos ofrecen una técnica de construcción semejante, consistente en la delimitación de sus caras mediante lajas verticales y un relleno irregular de piedras y tierra (lám. IV); esta peculiar técnica constructiva hace que dichos muros no se aprecien en su representación en planta con tanta evidencia como sí ocurre con el muro γ o los alineamientos δ y ϵ . La altura máxima conservada en α y β es la que marcan sus respectivas lajas exteriores, representando una única hilada en todo el desarrollo de los muros.

Estos dos muros deben corresponder a dos estructuras de habitación distintas, o casas, separadas por un corredor bien definido (una estrecha franja de tierra sin piedras ni materiales arqueológicos). Al muro α correspondería por su parte interior un pavimento de barro rubefacto detectado en los cuadros A21 y A22 (lám. V); al muro β , el hogar mencionado de los cuadros d21 y d22. Los cuadros A21 y A22 fueron parcialmente excavados en la campaña de 1963 (reexcavados en 1978), alcanzándose entonces el nivel del



Lám. IV.-Vista de los muros α , a derecha, y β , a izquierda, con el corredor de separación entre ambos. Al fondo a la izquierda, un tramo del muro γ , y a izquierda del muro β , en plano medio, la mancha correspondiente al hogar de los cuadros d21-22. Campaña de 1981.



Lám. V.- Pavimento de barro rubefacto de los cuadros A21-22, campaña de 1978.

pavimento señalado. Con el paso del tiempo, el desmoronamiento del corte norte de tales cuadros ha conllevado la destrucción parcial del muro α en esta



Lám. VI.—Panorámica de la excavación en la campaña de 1981. En primer plano los muros α y β y la estructura de hogar —mancha y círculo de piedras— de los cuadros d21-22; rodeando a ésta, parte de los empedrados de EP-II.

parte, por lo que no puede estudiarse aquí la conjunción de muro y pavimento. Este último, no obstante, parece ofrecer una forma circular y su color es rojizo como corresponde a un probable suelo de barro cocho. En cuanto al hogar de los cuadros d21 y d22, presenta, como indicábamos en su momento, una forma de cubeta bien delimitada entre las piedras del suelo o suelos de habitación pertenecientes a este Nivel (fig. 6; lám. VI).

Desde la base de los muros α y β hacia arriba se desarrollan, como decíamos, sucesivos suelos de habitación o pavimentos de piedras, limitados por el muro β en la zona excavada, con el que llegan a confundirse (de ahí la imprecisión de la cara norte de dicho muro que comentábamos anteriormente). No se aprecia, sin embargo, una separación tajante entre lo que sería el primer empedrado del Nivel II y las piedras subyacentes del Nivel I, por cuanto en algunas zonas el relleno de piedras es prácticamente continuo desde la turba.

En términos estratigráficos, el Nivel II comprende los estratos IV y III. El primero de ellos correspondería a la base de los muros α y β , coincidiendo con la capa 12 de excavación desarrollada entre los 120 y 130 cm de profundidad. La capa 11, de -110 a -120 cm, supone el estrato III, y ha de considerarse como una capa intermedia entre éste y el siguiente nivel, dado que el conjunto formado por los muros γ y δ - ϵ oscila en profundidad, como veremos al ocuparnos del Nivel III.

La pertenencia del Nivel II al pleno Eneolítico, según la sistematización al uso en los yacimientos valencianos, se deduce tanto de los materiales recupe-

rados como del lugar que ocupa en la secuencia estratigráfica. La industria lítica de talla sigue mostrando la entidad de las puntas de flecha, mientras que la cerámica carece de tipos relevantes, abundando los cuencos, cazuelas y vasos globulares, siempre sin decoración. Un dato significativo puede representarlo la ausencia, por ahora, de metal en cualquier capa atribuible a esta fase tanto en éste como en otros sectores de excavación. Su cronología sería de la segunda mitad del tercer milenio a.C.

NIVEL III (EP-III).— Como se ha indicado anteriormente, la base del conjunto constructivo que forman los muros γ y δ - ϵ alcanza una profundidad variable, aunque por lo general no sobrepasa los 110 cm. Pese a esta variación de profundidades, el examen atento de su base muestra que los niveles de empedrados correspondientes a las capas 11 y 12 penetran por debajo de él en algunas zonas, especialmente en los cuadros e-f/23-24 (ver láms. I, II, IV y VI). Esto viene a demostrar la posterioridad de dicho conjunto respecto de los empedrados atribuidos al Nivel II y su pertenencia al último nivel de edificación visto también por ahora en el yacimiento de la Ereta.

La técnica de construcción es distinta aquí a la de los muros inferiores (α y β). Si tomamos el caso del muro γ , en todo su trazado está formado por piedras en seco y sin carear dispuestas regularmente en sus dos caras (lám. VII). Esta misma técnica sería la que correspondería a los muros δ y ϵ si los consideráramos como paramentos externo e interno de una misma estructura de refuerzo, con la salvedad de que constituirían un muro mucho más ancho —unos 2 m— por el relleno de piedras que existiría entre ambos (esto es bien visible en la zona g-h/19-20) (lám. VIII).



Lám. VII.— Vista del muro γ en primer plano, campaña de 1981.



Lám. VIII.—Vista en primer plano de los muros o paramentos δ , a derecha, y ϵ , a izquierda, con el tramo difuminado entre ambos del muro γ . Campaña de 1982.

El muro γ , por sí solo, no ofrece tanta anchura —un máximo de 0,75 m en f24—, y en su tramo mejor delimitado, que se desarrolla en una zona del yacimiento afectada más intensamente por las labores de cultivo, no conserva más que una o dos hiladas de piedras superpuestas. Contrariamente, los muros o paramentos δ y ϵ , bien definidos en la parte opuesta, pueden levantar hasta cuatro hiladas (especialmente en la señalada zona g-h/19-20), con una altura total en torno al medio metro.

La posición de los muros γ y δ - ϵ en relación al resto del poblado hace verosímil suponer, como ya se ha manifestado con anterioridad, que se trate de un sistema de cierre del mismo, y máxime cuando parece desaparecer todo vestigio de materiales arqueológicos fuera del recinto así marcado. Excepción hecha de esta serie de estructuras, no se observan nuevas construcciones en la zona excavada correspondiente al Nivel III, debiendo suponerse la continuidad de la utilización de las preexistentes, es decir, de los muros α y β con los distintos suelos empedrados.

El Nivel III comprendería el estrato II (la singular “capa dura” constantemente señalada en los diarios de las primeras campañas), afectando a las capas de excavación 5 a 10, desde los 70 cm hasta una profundidad variable que no sobrepasa los 110 cm, como antes se ha apuntado.

Es en estos momentos cuando aparecen los primeros objetos metálicos en el yacimiento, habiéndose recuperado en la campaña de 1981 una fina lezna o aguja y un punzón de cobre. En la industria lítica, las puntas de flecha de sílex muestran una tendencia tipológica hacia los especímenes con pedúnculo y aletas, con unas precisas connotaciones crono-culturales; y

por lo que se refiere a la cerámica, hay que destacar el hallazgo de algún fragmento de vaso campaniforme con decoración incisa en la parte superior del nivel, capas 6 a 8. Estos indicios, aunque escasos, marcarían el final de la fase aquí representada, que debería incluirse entre el final del Eneolítico y los inicios del Bronce antiguo, esto es, en el llamado Horizonte Campaniforme de Transición (BERNABEU, 1984). La cronología habría que centrarla provisionalmente en el paso del tercer al segundo milenio a.C.

NIVEL IV (EP-IV).— Se identifica con el estrato I o parte superior del yacimiento que constituirían las tierras revueltas por las labores agrícolas. Atañe a las 4 primeras capas de excavación, hasta los 70 cm de profundidad por término medio.

Estas capas superficiales, aparte de algunos vestigios modernos que delatarían la no integridad del depósito, ofrecen materiales de adscripción general eneolítica junto a otros que se suponen más propios de la Edad del Bronce, caso de unos pocos pero bien característicos “dientes de hoz”. A pesar del carácter de indicadores crono-culturales que tradicionalmente se ha reconocido a estas piezas, no hay otros indicios que permitan presuponer que el Nivel IV de la Ereta haya albergado una ocupación del Bronce antiguo. Esto llevaría a reconsiderar el aludido carácter de los dientes de hoz, dentro de la línea que apunta a un inicial desarrollo de los mismos en los momentos correspondientes al Horizonte Campaniforme de Transición (BERNABEU, 1984: 98).

El estrato I de la Ereta pensamos que debe interpretarse, en una parte, como un segmento más del relleno de la fase EP-III, y en otra parte, en los tramos más superficiales, como producto de la sedimentación más reciente. Respecto a la primera observación, no debe carecer de sentido el que sea aquí donde se dan con mayor profusión, casi con exclusividad, los tipos de puntas de flecha con pedúnculos bien marcados y largas aletas agudas que se relacionan con las fases más avanzadas de la etapa Campaniforme.

LA CAMPAÑA DE 1990

Tras un paréntesis de 8 años, las excavaciones en la Ereta volvieron a reanudarse en 1990, bajo la dirección de quien suscribe las presentes líneas (2).

La intervención de 1990 se programó con la idea de apurar al máximo la superficie excavable del yaci-

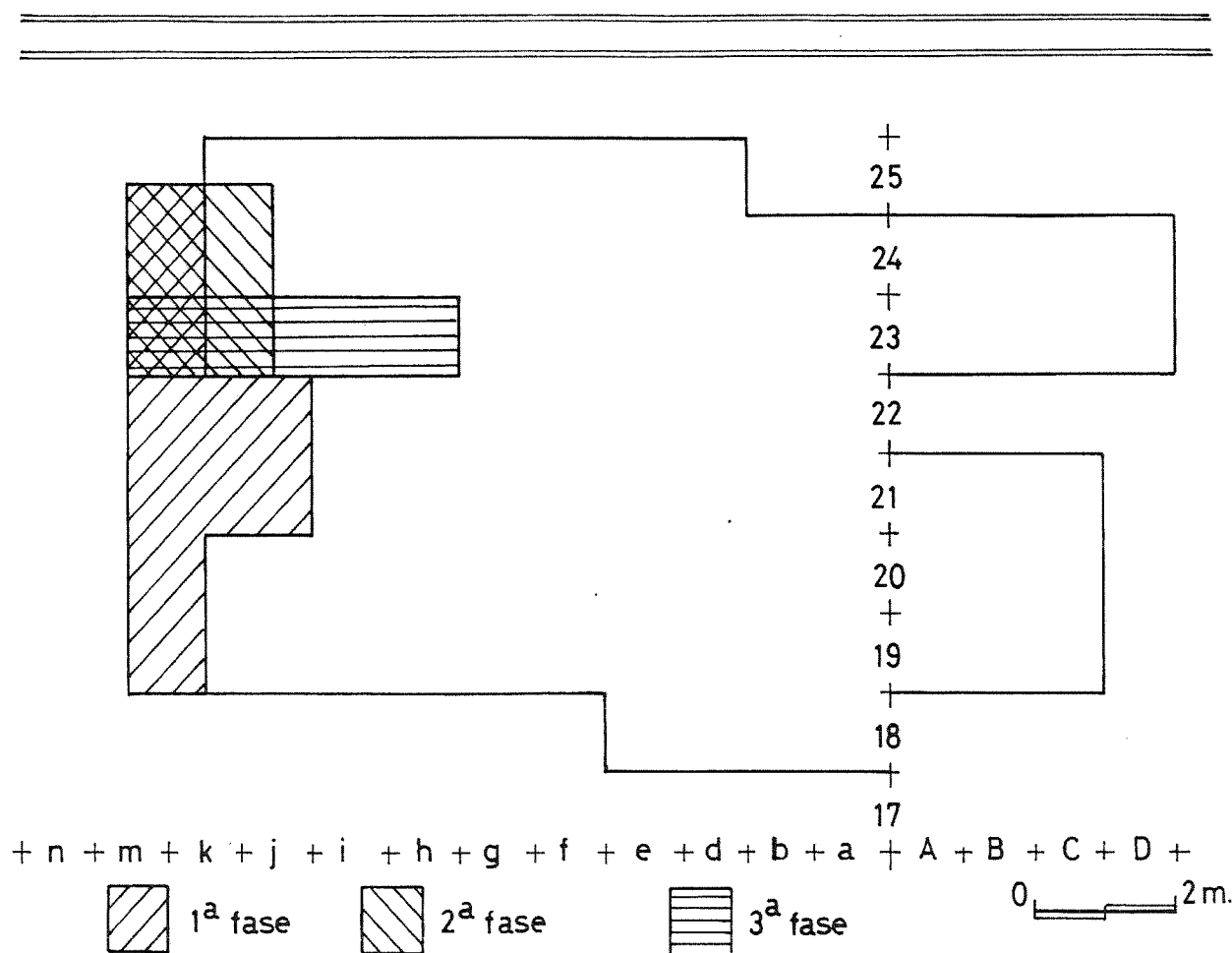


Fig. 9.- Ángulo NE de la Ereta (ver localización en el plano general de la fig. 2), con indicación de los cuadros excavados en la campaña de 1990.

miento en la misma zona en la que se había venido trabajando desde 1978, esto es, el ángulo NE de la Ereta. Se pretendía con ello corroborar el alcance máximo en extensión del arrasamiento del sistema de cierre de la fase Ereta III, que parecía ya definido en la campaña de 1982, y ver si las aglomeraciones de piedras que se le relacionaban tenían realmente esa naturaleza. Por otro lado, si el sistema de cierre, representado por el conjunto de los muros o alineamientos γ , δ y ϵ , constituía como tal el límite externo del poblado, al menos en su última fase de existencia, podía ser también de interés precisar, mediante un nuevo sondeo, la estratigrafía de la zona a “extramuros” para confrontarla con la obtenida dentro del recinto del habitad.

LOS TRABAJOS

El frente máximo hasta el cual se pudo hacer

avanzar la excavación en la campaña de 1990 lo marcó el eje que discurre por la parte media de los cuadros m19-25, límite condicionado por la valla metálica de protección del yacimiento que se alza siguiendo el también eje central de los cuadros n19-25. El espacio abierto afectó, pues, a los siguientes cuadros (fig. 9): j21-22, k19-20 (en su mitad norte), k21-22, k23-25 (también en su mitad norte), y toda la línea de los m19-25 (en su mitad sur).

En la ejecución de los trabajos hay que hablar de tres fases distintas de acuerdo con lo explícitamente programado y con el propio desarrollo de la excavación. En una primera fase se rebajaron los cuadros indicados, de forma consecutiva, con la intención de llegar al teórico nivel de base de Ereta III, establecido a una cota aproximada de -110 cm desde el plano cero de referencia. Conforme a lo esperado, solamente en la zona del testigo central que representaban los cuadros j21-22 y k21-22 (en su mitad sur), se definieron



Lám. IX.— Panorámica de la excavación en la campaña de 1990. Aglomeraciones exteriores de piedras formando talud.

algunas aglomeraciones de piedras como continuación del presumible nivel de derrumbe de las estructuras más externas de EP-III (fig. 10). Dichas aglomeraciones, formadas por piedras de mediano y pequeño tamaño, empezaban a aparecer en la mitad sur de j21-22 a una profundidad de 60 cm, la cual iba aumentando paulatinamente, en dirección norte, hasta la mitad de los cuadros k21-22, perdiéndose toda traza de empedrados en planta, a la cota señalada de -110 cm, en la mitad norte de estos cuadros. Así pues, los conjuntos de piedras de j-k/21-22 formaban a modo de un talud dando fuerza a la idea de encontrarnos ante los restos de unas estructuras arrasadas (lám. IX). Más allá de la línea media de los cuadros k19-25, y en todo el desmonte efectuado, el vacío de piedras era casi absoluto, viniendo a confirmar en principio el límite propuesto en el 82 para el arruinamiento de las últimas construcciones de la Ereta.

Hechas estas primeras comprobaciones, se pasó a practicar el sondeo estratigráfico previsto (segunda fase), eligiéndose una zona de unos 5 metros cuadrados (fig. 9) delimitada por los cuadros j23-24 (en su mitad norte), j25 (en su cuarto noroeste), k23-24, k25 (en su mitad oeste), m23-24 (en su mitad sur) y m25 (en su cuarto suroeste). El nivel de partida en todos estos cuadros —algunos de los cuales, en parte o en su totalidad, ya habían sido abiertos en 1982— se situaba a una profundidad media de 110 cm, por lo que en teoría se empezaba a ahondar en los estratos correspondientes a la fase EP-II. Desde una planta inicial mostrando un sedimento prácticamente libre de piedras, como correspondía a un espacio fuera ya del arrasamiento de EP-III, la excavación fue poniendo al descubierto nuevos conjuntos de piedras que, acantonados primeramente en la parte meridional del son-

deo, iban extendiéndose por toda la superficie conforme se profundizaba, debido al leve buzamiento que presenta la Ereta en dirección norte. Hasta la cota máxima alcanzada, de -148 cm, el depósito estratigráfico lo definía, pues, un progresivo relleno de piedras, muchas de ellas de gran tamaño, sin apenas sedimento de tierra ni materiales significativos (fig. 11). Este intenso relleno no parecía responder a las características de los empedrados de Ereta II, por lo que a fin de dilucidar su naturaleza, se procedió a abrir una amplia trinchera que pudiera ofrecer unas mejores perspectivas del área a estudio. Ello vino a representar la tercera y última fase de actuaciones en la presente campaña.

La zanja en cuestión se practicó en el eje por el que discurren los cuadros h-m23, arrancando al pie del muro γ y llegando al frente máximo de la zona excavada (fig. 9); esto suponía un espacio de trabajo de 1 x 4 m aproximadamente. El proceso de la excavación, dado el interés de los resultados alcanzados, conviene exponerlo con un poco de detalle. En un primer momento, las tareas en la zanja h-m23 se concentraron en su parte meridional, a fin de igualar la profundidad alcanzada en los cuadros j23 (mitad norte), k23 y m23 (mitad sur) en tanto habían constituido el extremo occidental del sondeo abandonado; por tanto, el escalón marcando el desnivel entre las dos partes de la zanja se situaba en la línea media de j23. La primera capa levantada en el tramo sur se hizo con la intención de nivelar también la profundidad de partida; ésta se encontraba a un máximo de -112 cm (más o menos el nivel de base de EP-III) en los primeros cuadros al pie del muro γ (h23 y mitad sur de i23), resultado de las actividades de la campaña del 82 encaminadas a encontrar el punto de arranque de dicho muro por su cara externa. En la mitad norte de i23 i sur de j23 el nivel se hallaba a mayor altura (-80 cm), puesto que la excavación se había detenido aquí al descubrirse los primeros vestigios del supuesto arrasamiento de las estructuras de EP-III. Hacia el norte, la topografía de esta zona enlazaba a todas luces con el talud exterior perfilado en la actual campaña (cuadros j-k/21-22). En definitiva, los trabajos de limpieza y nivelación supusieron el levantamiento de una buena cantidad de piedras, de todos los tamaños y englobadas en una tierra bastante suelta y con abundantes raíces, que continuaban concretándose en planta. Hasta ahora, todo parecía responder —por profundidad i características del relleno— al arruinamiento de la fase EP-III.

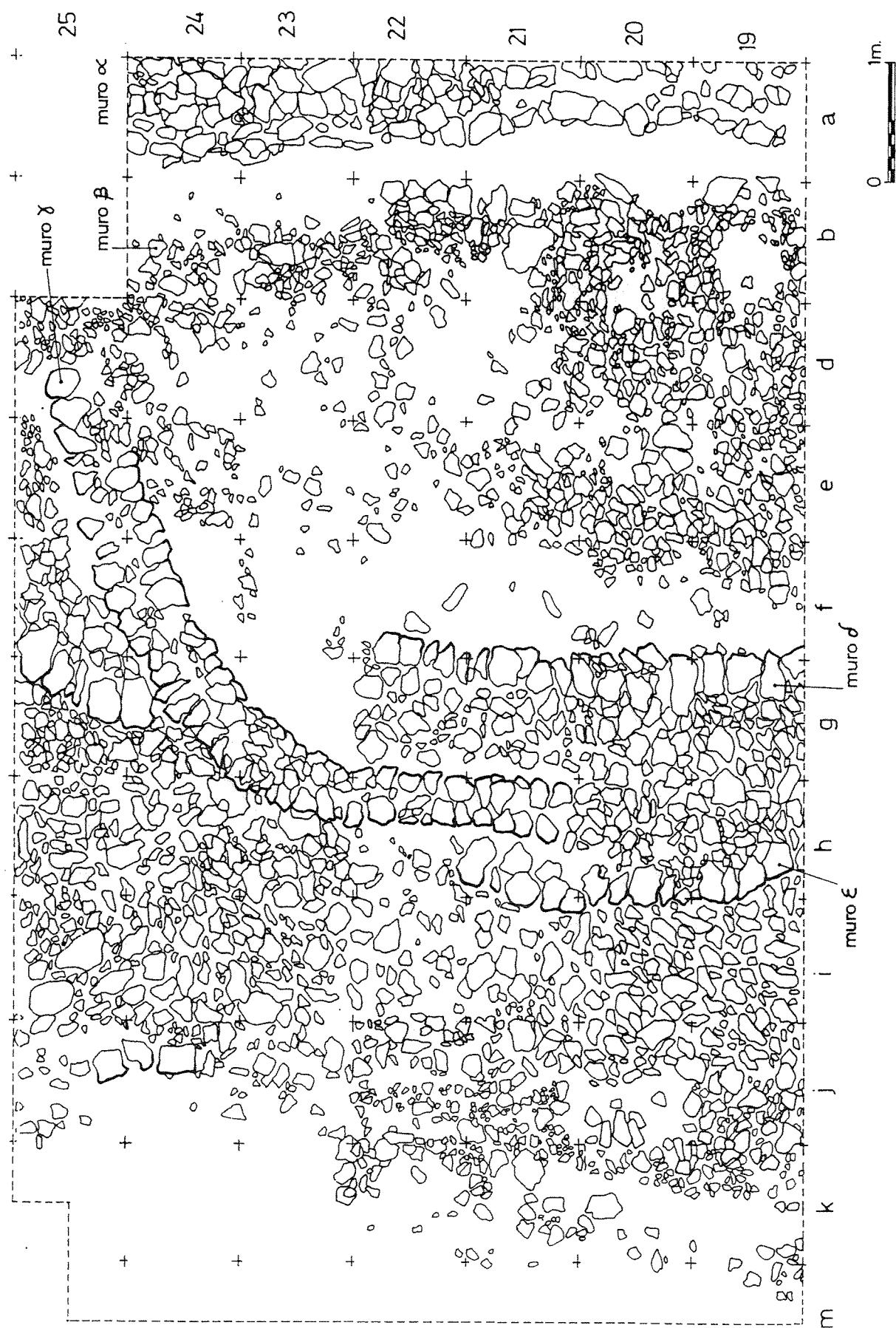


Fig. 10.- Planta de la excavación al finalizar la 1ª fase de la campaña de 1990. Profundidad máxima en los nuevos cuadros abiertos: 110 cm desde el punto 0 (p. ej., cuadros k23-24). Otras profundidades: -85 cm en j21; -89 cm en j22; -103 cm en k21-22.

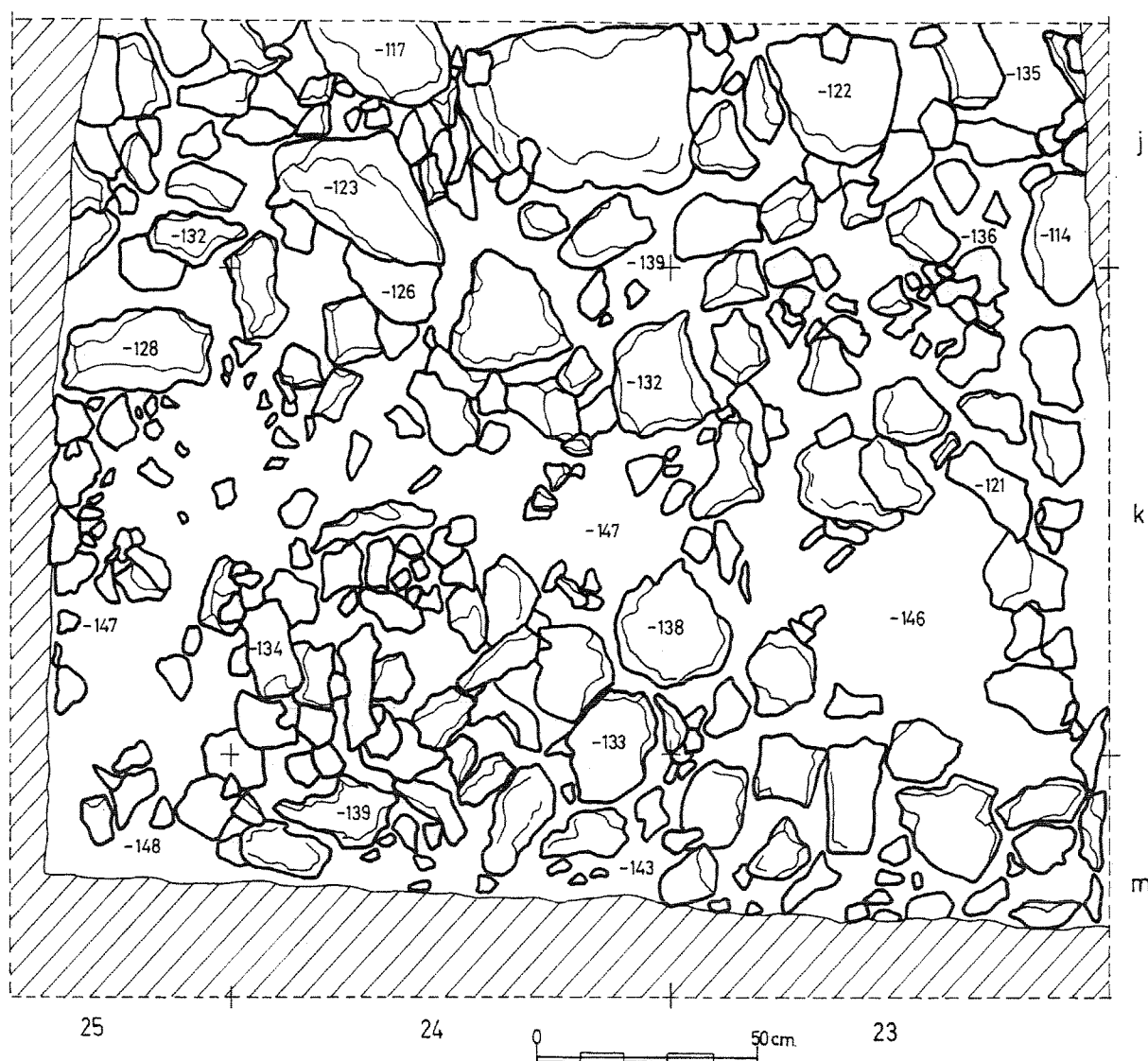


Fig. 11.- Planta del sondeo externo de la 2ª fase de los trabajos en la campaña de 1990. Profundidad máxima: 148 cm desde el punto 0.

La segunda capa ahondó hasta los -125 cm, sin alcanzar, por tanto, el teórico nivel de base de EP-II. En todo el espesor excavado continuaron apareciendo grandes cantidades de piedras, destacándose algunos bloques de buen tamaño. Decididamente, esto no concordaba con lo que eran los empedrados de EP-II, y para explicar su naturaleza había que contar, primero, con que algunos de los grandes bloques sin extraer, localizados sobre todo en los cuadros i23 y j23, interferían las profundidades teóricas de las fases EP-III y EP-II, y segundo, con el repetidamente señalado buzamiento de la Ereta que se ve acentuado en esta parte del yacimiento.

Con la tercera capa quedaron prácticamente iguales los dos tramos de la zanja (fig. 12, 3), a una

cota máxima de -148 cm (tramo norte). En su transcurso -aún en la zona sur- se observó la misma tónica anterior en cuanto a la intensidad del relleno de piedras, si bien se marcaban algunas novedades en los cuadros más cercanos al muro γ (h23 e i23, particularmente el primero): aquí parecía que el tamaño de las piedras era menor y de formas más regulares (aplanadas), a lo que acompañaba un cambio en la composición del sedimento, que se presentaba un tanto arenoso y de coloración amarillenta, frente a la textura más fina y el tono grisáceo que caracterizan por regla general al depósito turboso de la Ereta; se unía también una mayor profusión de materiales, con abundantes carbones, restos de fauna, sílex y fragmentos cerámicos. Hay que indicar que algunos de estos ras-

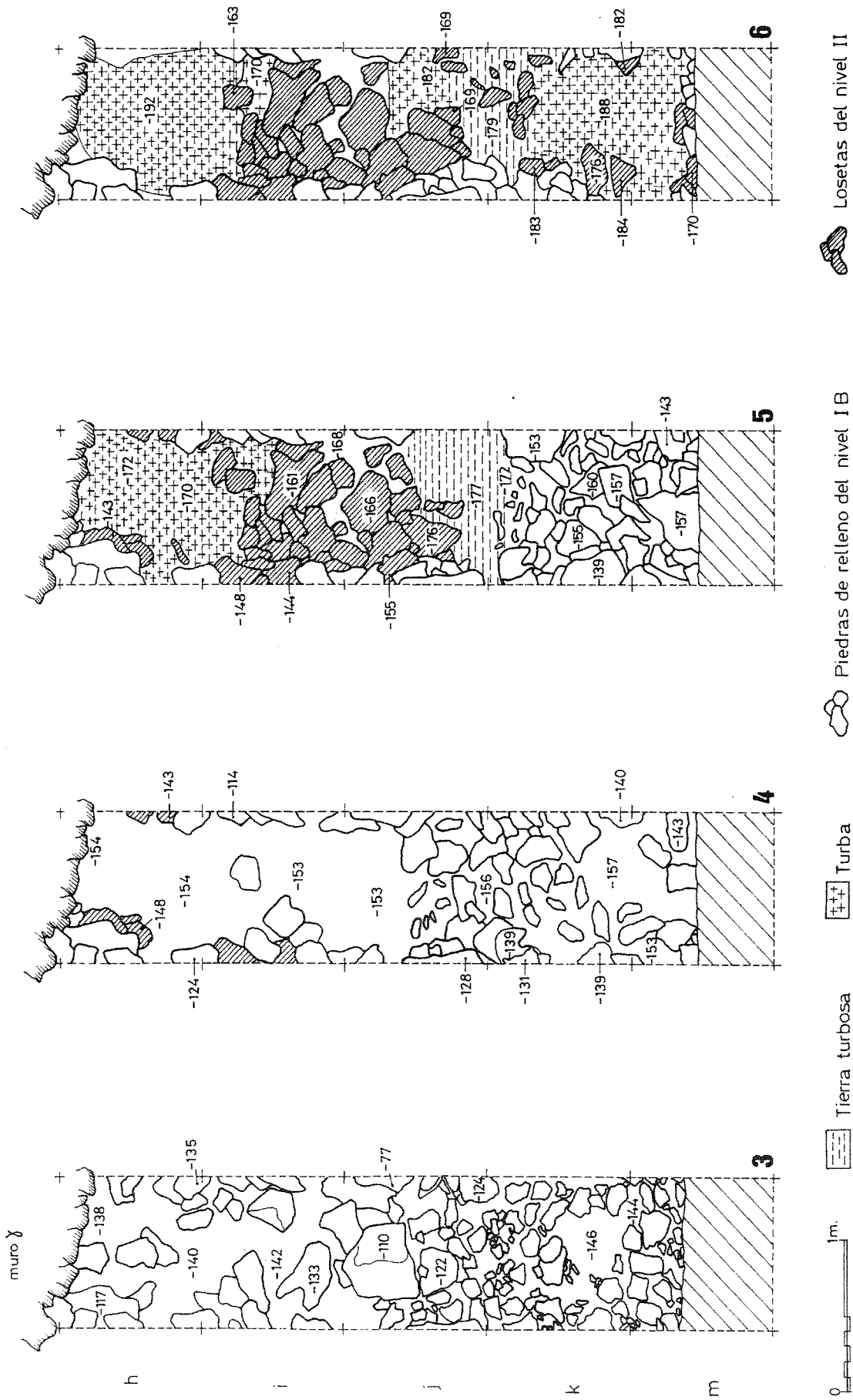
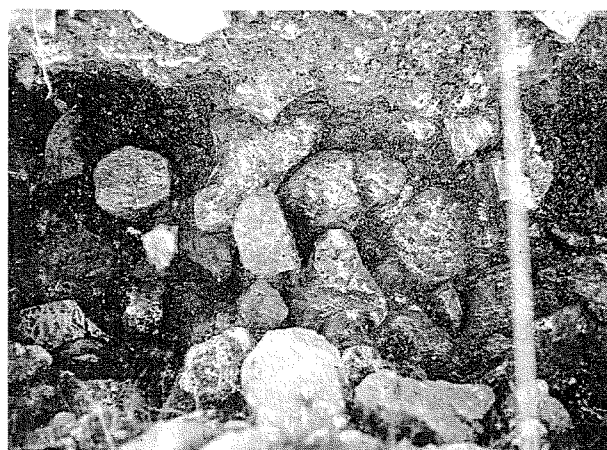


Fig. 12.- Desarrollo de la excavación en la zanja h-m23. Plantas de los desmontes 3 a 6 (dibujos sobre croquis).

gos, y en la misma localización, ya parecían revelarse en cierta manera desde la segunda capa, aunque se hicieron más evidentes en la cuarta. Con el levantamiento de esta última capa, que ya afectó a toda la extensión de la zanja, se alcanzó una profundidad media de 155 cm. No obstante, las diferencias entre una y otra parte de la superficie excavada eran bastante notables: las características anteriormente observadas se iban extendiendo a toda la mitad sur de la zanja, mientras que en el tramo norte continuaba apareciendo el mismo relleno de piedras puesto de relieve en los trabajos del sondeo externo, con el que se coincidía aquí espacialmente (fig. 12, 4).

El sistema seguido de ahondar por capas artificiales sólo había podido mostrar en sucesivos retales lo que parecía acontecer en la parte meridional de la zanja, que adquiriría de momento un mayor interés. La visión de conjunto pudo extraerse después del quinto desmonte, en que se ralentizó el proceso de excavación y se pasó a examinar toda la información hasta ahora recogida y lo que ya delataban los cortes sur y oeste de la trinchera abierta. Los cambios observados en el depósito, en cuanto a la naturaleza del sedimento y de los nuevos niveles de piedras que se definían, y al menos desde la tercera capa, había que atribuirlos a la existencia de unos claros suelos de habitación que, evidenciándose a una cota inicial aproximada de -143 cm al pie del muro γ , descendían gradualmente desde aquí hasta la mitad del cuadro j23 en que dicha cota de aparición se hallaba a -160/-165 cm, siguiendo el desnivel natural de la Ereta. Estos suelos de habitación los constituían sucesivos "enlosados" a base de piedras generalmente de menor tamaño, más planas y más regulares que las de los niveles de relleno superpuestos, como ya hemos señalado, y que mostraban obviamente una mayor potencia (mayor número de hiladas en profundidad) cuanto más cerca del muro γ (fig. 12, 5; lám. X). Como también hemos indicado, dichos pavimentos de "losetas" se hallaban englobados en un sedimento de matriz arenosa y de coloración ocre-amarillenta, resultado con toda probabilidad del proceso de descomposición de la piedra; en todo su espesor se observaba también una mayor frecuencia de materiales, junto con abundantes fragmentos de barro endurecido. Por sus características, estos suelos había que ponerlos en relación, sin ninguna duda, con los empedrados de las fases Ereta II y I.

A la profundidad alcanzada en la quinta capa (una media de -170 cm, coincidiendo con la aparición de la



Lám. X.- Vista de un suelo de "losetas" tras el 5º desmonte en la zanja h-m23, campaña de 1990.

turba pura en h23), los elementos señalados –losetas y tierras amarillentas–, parecían difuminarse a la altura de la línea media de j23, desde donde continuaba manifestándose el relleno heterogéneo de piedras constatado en los anteriores levantamientos. No obstante, la planta de esta zona (fig. 12, 5) revelaba algunos contrastes de un extremo al otro: la aglomeración de piedras era mayor al pie del corte norte de la zanja (cuadros m-k23), mientras que el escaso sedimento englobante se veía afectado por la alteración de la piedra en la mitad norte de j23 (tierra granulosa grisácea con abundantes partículas blanquecinas producto de la descomposición), toda vez que éste era más turboso y limpio en k23 y mitad sur de m23 (tierra más fina gris-oscura).

La sexta capa, en la parte meridional de la zanja, solamente afectó a h23 y al tercio sur de i23, puesto que desde aquí, y hasta el también tercio sur de j23, se dejó un testigo de aproximadamente un metro cuadrado con los restos del enlosado descrito (fig. 12, 6). La excavación (en h-i23) ya profundizó en la turba pura hasta una cota de -192 cm, situándose el inicio de ésta a -170 cm. En los cortes sur y oeste de la zanja pudo verse que el depósito de tierra arenosa amarillenta que incluía a los niveles de enlosados daba paso, en algunos sitios, a un pequeño tramo (5 cm como máximo) de tierra muy turbosa y con abundantes conchas de moluscos de agua dulce, precediendo a la turba pura, y en otros descansaba directamente sobre ésta; idénticas circunstancias se observaban para los pisos inferiores de losetas. Por tanto, los suelos de empedrados era claro que arrancaban desde la turba misma o nivel de base de la Ereta. En el otro tramo de la zanja, esta misma capa puso al descubier-

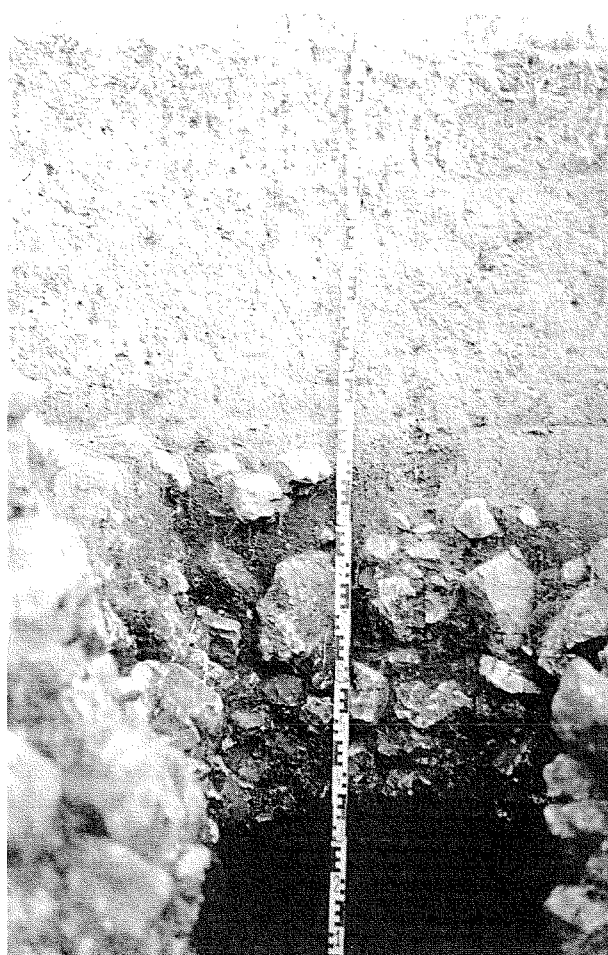
to los últimos vestigios del relleno exterior de piedras que había venido siguiéndose desde un inicio, cada vez más acantonado en el extremo norte (desde la línea media de k23); el sedimento envolvente había adquirido también las características que ya presentaba en la mitad norte de j23 en el anterior desmonte, mostrándose muy turboso pero con abundante fracción gruesa resultado de la disgregación caliza. Como hecho significativo, hay que apuntar que por debajo de este relleno parecía poderse detectar alguna traza de los suelos de empedrados reconocidos en la mitad sur de la zanja. Esto lo sugería la presencia de algunas piedras más planas, fuertemente alteradas, y la relativa abundancia de materiales (fragmentos óseos y cerámicos, especialmente) que ahora se recogían. De todas maneras, no debe pasarse por alto que toda esta zona de la zanja se presentaba bastante confusa en los últimos tramos excavados. Respecto a las posibles "losetas", hay que decir que descansaban ya directamente sobre la turba pura, que hacía su aparición aquí a una cota de -185 cm.

El punto final a la presente campaña lo puso un último sondeo efectuado en la parte septentrional de la zanja (cuadros k-m23), con la intención de encontrar el nivel freático de la Ereta. Después de profundizar hasta los 238 cm, se abandonó la excavación sin ningún resultado, habiéndose ahondado íntegramente en el espeso estrato de turba.

LOS RESULTADOS

Para calibrar en toda su significación los resultados alcanzados en la campaña de 1990, conviene recordar los dos objetivos principales con que ésta se proyectó. El primero de ellos era dejar bien establecido si la zona en que se había venido trabajando desde 1978 (ángulo NE de la Ereta), constituía uno de los límites reales del yacimiento; la cuestión era importante sobre todo para la interpretación de las estructuras relacionadas con la fase Ereta III (muros o alineamientos γ , δ y ϵ) como pertenecientes a un sistema de cierre del poblado en su última etapa de desarrollo. El segundo objetivo era averiguar la exacta naturaleza de las acumulaciones de piedras que se extendían externamente al hipotético sistema de cierre, que hasta ahora se habían interpretado como un arrasamiento del mismo.

La incertidumbre reflejada en el primer objetivo sí ha llegado a disiparse en los trabajos de 1990, en la



Lám. XI.- Vista de la pared N de la zanja h-m23 al final de la excavación, campaña de 1990.

medida que ha quedado bien patente la progresiva desaparición de las trazas de yacimiento conforme ha ido avanzando la excavación hacia el extremo norte. En efecto, los niveles externos de piedras, que incluían ya escasos materiales, se revelaban en planta cada vez a mayor profundidad en esa dirección, es decir, cada vez más disminuidos en su espesor, hasta mostrar unos pocos testimonios en la parte inferior del corte norte de la zanja h-m23 –por indicar el punto más septentrional y profundo alcanzado en esta campaña (lám. XI), ya que, por supuesto, la gradual pérdida de intensidad del depósito de la Ereta se advierte de igual manera en el corte oeste de la zanja (fig. 13)–. Por otra parte, no hay que olvidar el obstáculo que en todo tiempo debe de haber constituido el curso de agua que actúa como desagüe de la cercana "Fuente del Pescado", y que discurre en la actualidad a pocos metros de donde ha sido necesario detener la excavación.

En cuanto a la segunda cuestión que se pretendía

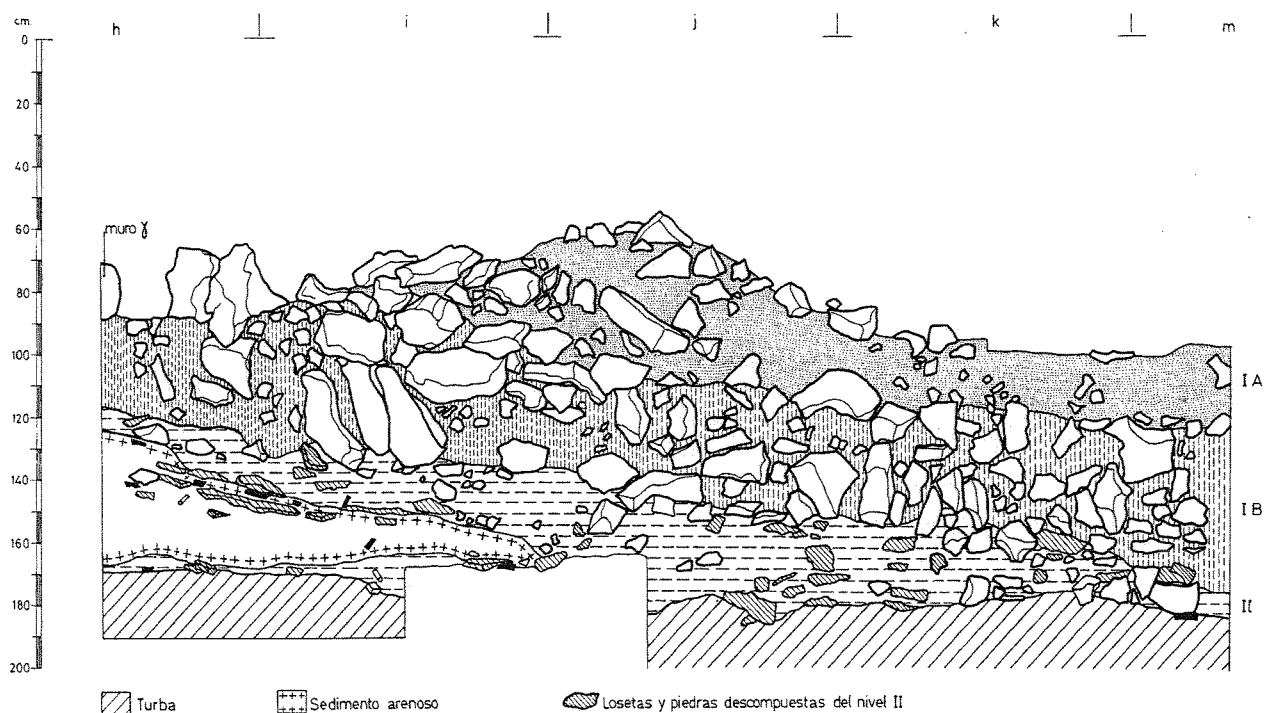


Fig. 13.—Corte estratigráfico de la pared W de la zanja h-m23, campaña de 1990.

esclarecer, los elementos de interpretación los ha proporcionado la estratigrafía de la zanja h-m23, al haber mostrado el alcance en profundidad de las aglomeraciones más externas de piedras que los trabajos de las campañas anteriores sólo habían dejado reflejadas en planta. La apertura de dicha zanja ha permitido identificar dos grandes unidades estratigráficas desarrolladas al exterior del muro γ (fig. 14; lám. XII). De abajo a arriba, la primera (signatura II en los cortes) la constituye la serie de “enlosados” que arrancan desde el mismo estrato de turba o base de asiento de la Ereta; la segunda (IA y IB), el potente relleno de piedras que sella con toda evidencia los anteriores suelos o pavimentos y cuya parte superior corresponde a los testimonios en planta anteriormente comentados.

Los contrastes entre ambas unidades de la secuencia, como ha podido comprobarse al relatar los pormenores de la excavación de la zanja, son bastante claros a nivel de todos sus componentes: constitución del sedimento; tamaño, forma y disposición generales de piedras, bloques y “losetas”; ausencia-presencia, relativamente hablando, de materiales, etc. Esto hace que para el tramo inferior, que ofrece todas las características de unos suelos de habitación superpuestos, no haya demasiados problemas de correlación con los niveles de empedrados de las fases EP-II y EP-I. La

naturaleza del relleno superior de piedras, en cambio, es la que hay que reconsiderar en cierta manera tras los resultados de los trabajos realizados.

La idea de un arrasamiento de las estructuras más evidentes de la fase Ereta III sólo podría mantenerse, en principio, para el tramo más alto de dicho relleno (nivel IA), atendiendo principalmente a relaciones de profundidad entre muros (especialmente el γ , que tomaremos de referencia) y primeros depósitos de piedras vinculados con aquél; el nivel de base del muro γ , con toda lógica, es el factor que consideramos determinante en esta atribución, puesto que una capa de derrumbe deberá mostrarse obligadamente por encima del citado nivel —sin olvidar lo que afecta en toda verificación de profundidades el desnivel existente en esta parte del yacimiento—. Por consiguiente, la fracción del relleno que se encuentra por debajo de la cota de arranque del muro γ (nivel IB), y que supone el tramo de mayor potencia, ha de tener forzosamente otra explicación.

La conclusión a la que hemos llegado es a la que de estos densos depósitos de piedras, los que se desarrollan por debajo de la cota indicada, tienen un carácter intencional y constituyen otro testimonio más de la reestructuración que sufre el poblado en su tercera y última fase de existencia.

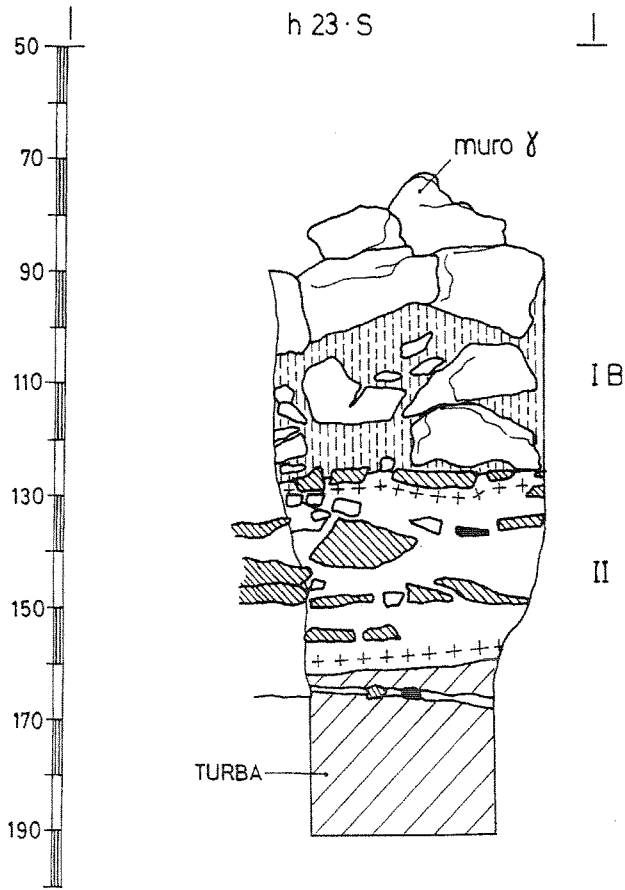


Fig. 14.- Corte estratigráfico de la pared S de la zanja h-m23, campaña de 1990.



Lám. XII.- Vista de la pared S y arranque de la pared W de la zanja h-m23, campaña de 1990.

A estas alturas ya no hay apenas inconvenientes para ver en esta remodelación una obra destinada a habilitar un sistema de protección del recinto habitado; los problemas se presentan, sin embargo, a la hora de precisar con exactitud la función de los distintos elementos dentro de la obra, dada su manifiesta complejidad. Los mencionados depósitos de piedras (los acúmulos por encima de los iniciales niveles de "lose-tas"), por ejemplo, pueden representar un primer acondicionamiento del espacio destinado a servir de infraestructura a los componentes más específicos del cierre, si con ellos entendemos las estructuras mejor caracterizadas —por su configuración y alzada— que constituyen los muros o alineamientos γ , δ y ϵ y que, por otra parte, marcan con toda evidencia el límite aquí del habitat (en la fase que consideramos); pero también aquellos depósitos podrían formar un todo

indiviso, junto con estas últimas estructuras, del propio sistema de cierre, y no su sólo basamento. Con esta idea perfiláramos una amplia construcción integrada por una sucesión de muros o paramentos actuando como delimitadores de unos espacios intermedios repletos de piedras y tierra. El cierre como tal no tendría, por tanto, el carácter de una muralla convencional, bien trazada y aislable de todo el conjunto, pese a que la línea de estructuras iniciales, en contacto directo con el habitat, pudiera causar, como decíamos, esa impresión; más bien, toda la construcción funcionaría como un único cuerpo y el efecto que habría podido producir sería el de una serie de pequeñas terrazas suavemente descendentes, por la alternancia de paramentos y relleno y por la gradual pérdida de potencia de la obra, en sentido sur-norte.

Realizando un corte ideal en el eje por el que dis-

curren los cuadros g-m21 (ver fig. 10), a fin de mejor entender —desde esta última perspectiva— la estructuración del sistema en un tramo que podríamos considerar modélico, ésta se efectuaría a base de los elementos siguientes: 1º) paramento δ , 2º) relleno, 3º) muro γ , 4º) restos de relleno y del paramento ϵ , 5º) relleno. Siguiendo en la dirección indicada, y al nivel que ha profundizado aquí la excavación, no han sido observados otros alineamientos regulares de piedras después del paramento ϵ ; no obstante, un tramo de estas características sí ha podido reconocerse en una zona tan extrema como la que representa la línea media de los cuadros j24-25 (fig. 10; lám. XIII), tras los trabajos de limpieza y acondicionamiento realizados en este sector previamente a la excavación del que hemos denominado “sondeo exterior” en la campaña de 1990. Vestigios de este mismo alineamiento hemos creído identificar en la apertura de la zanja h-m23, en el trecho que era de prever correspondiente al cuadro j23. La existencia, pues, de un probable paramento en un punto tan alejado del habitat estricto, sin relación posible con ninguna estructura doméstica, podría dar fuerza a la interpretación que venimos dando —como un todo— del complejo constructivo de EP-III. Tampoco hay que pasar por alto, en esta revista de testimonios de obra bien definidos pero mal explicados en su momento, el alineamiento de grandes bloques y contorno curvo que arranca del muro γ a la altura del cuadro g24, que podría constituir bien un refuerzo de dicho muro, bien otro murete más de contención del relleno.

Como salta a la vista, estamos barajando distintas posibilidades con las que integrar el conjunto de estructuras de EP-III en un diseño concreto de obra. Esto no puede ser de otra forma dadas las vaguedades que aún encierra la información disponible y que impiden pronunciarse de una manera categórica. Conviene, por tanto, hacer una breve recapitulación y ver cuáles han sido en realidad las aportaciones de los trabajos en la mencionada zanja h-m23 y sus concretas implicaciones.

Desde el nivel que partía la excavación, y desde el punto que constituía su arranque (cara externa del muro γ), lo que ha quedado bien manifiesto es la existencia de un potente relleno de piedras, marcando una primera unidad de depósito, en lo que hay que considerar el tramo final del yacimiento. Este relleno, que va perdiendo intensidad conforme nos alejamos del muro γ , muestra su mayor potencia en los primeros metros al pie de dicho muro (mitad sur de la zanja), y



Lám. XIII.— Alineamiento de piedras de los cuadros j24-25, campaña de 1990.

más especialmente en el segmento que se desarrolla por debajo del nivel de base de éste (unidad IB). Como observaciones adicionales, hay que indicar que el muro γ , según el testimonio del corte sur de la zanja (fig. 14; lám. XII), parece descansar sobre unos bloques que ya forman parte innegable del relleno (de sus depósitos de base); y también que algunos de estos bloques, los de mayor tamaño, dan la impresión, en determinados puntos, de haber estado dispuestos o colocados siguiendo unos patrones de regularidad. Este último es un dato más que vendría a reforzar el carácter intencional, al menos, de una buena parte del conjunto. En términos diacrónicos o de significación estratigráfica, lo que también está claro es que este relleno empieza a depositarse en un momento de la fase EP-II, sellando, como indicábamos, una sección de los suelos de empedrados —suelos de habitación— atribuidos a esta fase; hay que ver en ello, por consiguiente, una cierta restricción del área ocupada, del estricto espacio de habitat, por este lado del poblado.

En el transcurso de éstas y anteriores valoraciones siempre nos hemos referido al relleno como una unidad estratigráfica bien discriminada, lo que podría contradecir la distinción que también constantemente hemos realizado —para éste— entre una parte superior (IA) y otra inferior (IB) jugando con el nivel de base del muro γ . Esta separación en dos niveles es en principio bastante ficticia, como sea que no ha quedado suficientemente reflejada en el corte W de la zanja (excepto a partir de su tramo medio y que intentaremos explicar; ver fig. 13), ni como tampoco ha sido verificada en el proceso de la excavación, en que los depósitos de piedras parecían sucederse de forma continua de principio a fin (al menos en los tramos más próximos al muro γ). Sin embargo, sí que hay

que hablar de unos acúmulos pétreos situados por encima del nivel de base del muro γ , independientemente de su filiación con el estricto relleno. Esta filiación parecen haberla tenido los depósitos que cubrían el tramo estratigráfico que falta al pie del muro γ (cuadros mitad norte de h23 y mitad sur de i23), desmontado en la campaña de 1982 buscando el mencionado nivel de base; en cambio, no puede decirse lo mismo para los conjuntos superficiales de piedras que se extienden a la altura de los cuadros j-k/21-22, puestos al descubierto en la campaña de 1990 y que, según la visión que proporciona el corte W de la zanja (fig. 13; lám. IX), no parecen guardar un vínculo directo con el relleno que consideramos. Estos testimonios, presentes o ausentes, serían los que en cierta forma podrían relacionarse con el arrasamiento de la primera línea de estructuras –las más manifiestas– de EP-III, según la interpretación más lógica mantenida desde la campaña de 1981. No obstante, y sin descartar de inmediato tal posibilidad, no puede excluirse que dichos testimonios, sobre todo los más cercanos al muro γ , puedan atribuirse al terraplenado intencional que habría de aparecer entre muros y paramentos de acuerdo con la otra explicación alternativa que también venimos proponiendo para todo el conjunto de vestigios estructurales de esta fase.

Con esta última observación, lo que en definitiva queremos dar a entender es que el referido relleno de piedras podría haber cumplido una doble función dentro del complejo constructivo de EP-III. Los depósitos inferiores, que, tal como se aprecia en algunos puntos de los cortes testigo de la zanja y en los restos del corte sur del “sondeo exterior” (conservado en la línea media de los cuadros j24-25), conllevan de forma preferente los bloques de mayor tamaño y más regularmente dispuestos, podrían suponer un primer acondicionamiento o base firme de la obra. Sobre este basamento parecen levantarse los muros y paramentos de “contención”, a tenor de lo que ejemplifican el propio muro γ (observar el corte sur de la zanja, fig. 14) y el probable alineamiento que discurre por los cuadros j24-25, en su línea media. Este alineamiento, al que nos hemos referido anteriormente como la estructura más externa reconocida por ahora en esta zona de la Ereta, se halla perfilado exactamente en la parte alta del mencionado corte sur del sondeo exterior, y es en este testigo frontal donde se ve con claridad que dicha estructura, formada por una única hilada de piedras, se asienta sobre unos grandes bloques que marcan aquí la base del relleno (lám. XIII). Si los

depósitos inferiores habrían podido actuar como una plataforma de sostén, los acúmulos superiores, por su parte, podrían representar el estricto relleno entre muros y paramentos. Para acabar de entender el perfil de la obra, tal como venimos concibiéndola, habría que tener también en cuenta el suave declive que ofrece el yacimiento en su tramo final y el papel que habría jugado la tierra, como elemento añadido a la piedra, en la conformación del relleno.

Como hemos indicado en algún momento de la presente exposición, y pese a que hayamos podido poner el mayor énfasis en una determinada posibilidad, la integración del conjunto de estructuras de EP-III en un modelo concreto de obra presenta todas las dificultades que derivan de una información todavía insuficiente. El problema, no obstante, creemos que ha quedado reducido a una pura cuestión de diseño, ya que nada, al punto actual a que han llegado los trabajos, esconde las evidentes relaciones que existen entre todas las estructuras exhumadas y, en consecuencia, el carácter unitario de la obra.

VALORACIÓN FINAL: EL SIGNIFICADO DE LA ERETA COMO HABITAT

Una presentación de las estructuras de habitación de la Ereta no puede concluir sin hacer referencia a algunos aspectos valorativos importantes que hemos obviado en su momento o que hemos tocado muy de pasada. Estos aspectos afectan muy particularmente a cuestiones de función, significado y contexto de las estructuras y de las técnicas de construcción empleadas.

Cualquier interpretación de la Ereta como habitat, como espacio acondicionado, no puede desligarse del particular medio donde se asienta. La historia de la Ereta, en ese sentido, es la de un habitat emplazado en una zona de tierras pantanosas como siempre ha sido “La Marjal” de Navarrés, hoy prácticamente desecada pero que en tiempos relativamente recientes constituía uno más de los humedales que salpicaban la cuenca semiendorreica de “La Canal” del mismo nombre (para los aspectos geomorfológicos de la zona, véase FUMANAL, 1986: 161-164). No sabemos exactamente qué posición ocupaba la Ereta dentro de “La Marjal” al inicio de su ocupación, si ésta era de ribera o correspondía a un sector de tierras emergidas dentro del espacio inundado. Al redescubrirse el yacimiento en los años 30 (CHOCOMELI, 1946), su emplaza-

miento lo delataba un pequeño altozano que, a modo de islote, se destacaba sobre los campos circundantes. Según las apreciaciones de J. Chocomeli, la superficie de tierras más aparentemente levantadas cubría aproximadamente 1 ha, pero la parte más ostensible e intacta, que correspondía a la cumbre aplanada de la pequeña eminencia, no pasaba de las 0,166 ha, coincidiendo con la parcela de terreno que lleva el nombre estricto de Ereta del Pedregal y que es donde se han llevado a cabo el grueso de los trabajos hasta ahora efectuados. La elevación máxima del altozano, que, como es obvio, coincidía con el campo de la Ereta, era de poco más de 1 m sobre las tierras grises turbosas que en algún momento debieron ser parte del lecho de la laguna; estas características de composición y coloración del terreno permitían establecer los límites máximos alcanzados por La Marjal, encontrándose el emplazamiento de la Ereta a una distancia de unos 15 a 20 m de lo que debió ser —también en algún momento— la orilla septentrional. Sobre el carácter de montículo que revestía la Ereta, está claro que esta impresión era totalmente ficticia y que venía producida por la sucesiva acumulación de los restos del habitat prehistórico, al conformar lo que puede considerarse un pequeño “tell”.

Por estas observaciones, que aún pueden verificarse en la actualidad, podría parecer que el asentamiento se encontraba dentro del espacio lagunar. Éstas, empero, son simples apreciaciones de visu, entonces y ahora, ya que no hay que olvidar las variaciones que ha debido experimentar la extensión del marjal en el transcurso de su historia. Cómo y en qué medida han afectado esas oscilaciones al habitat de la Ereta es un tema importante dentro de esta discusión, en la que los análisis sedimentológicos realizados en el yacimiento (FUMANAL, 1986: 166-172) parecen aportar algunos datos interesantes.

En principio, las muestras de sedimentos tomadas en la Ereta proceden de unos sectores muy localizados (cuadros B24, B23 y D25), que hay que situar dentro del recinto del habitat. Dichas muestras cubren toda la secuencia estratigráfica anteriormente vista, y si bien no resuelven las puras cuestiones de emplazamiento (en términos de posición ribereña o insular), sí que permiten precisar las condiciones en que se realizó la primera ocupación. Según los análisis verificados, los materiales sedimentarios que engloban los restos del primer establecimiento —fase Ereta I— parecen conservar (*Ibid.*, p. 170) las características propias de las zonas próximas a aguas tranquilas, estan-

cadras (especialmente el sedimento del estrato VI). Esto revelaría la existencia en esos momentos iniciales de un suelo todavía muy húmedo e inestable que sería preciso acondicionar y en cuya necesidad encontrarían explicación las estructuras en piedra relacionadas con esta fase. En efecto, dichas estructuras, compuestas por piedras y bloques generalmente de buen tamaño, descansan en muchos puntos directamente sobre la turba (estrato VII), habiéndose observado junto con estos elementos de relleno bastantes fragmentos y pellas de barro endurecido que habrían contribuido a aislar el subsuelo húmedo y turboso.

Por el momento, la extensión excavada y mejor controlada de la fase Ereta I es bastante reducida (11 m²), y hay que apuntar también que hasta ahora no han sido reconocidas aquí otras estructuras que las señaladas, en las cuales no se advierte ningún patrón de regularidad. Estos primeros rellenos de piedras cubren en algunos puntos todo el espesor del nivel EP-I (estratos VI y V), enlazando con los pavimentos atribuidos a la siguiente fase de ocupación. Tal desarrollo ha sido bien comprobado en la última campaña de 1990, en el espacio correspondiente a la zanja hm23, con la salvedad de que el tamaño de las piedras que reposaban sobre la turba no era mayor que el de las que continuaban el relleno hacia arriba.

Con los datos disponibles, pues, hay que ver en las estructuras de EP-I un medio de hacer habitable el terreno elegido para el asentamiento, cuya dinámica parece haber sido el levantamiento de sucesivos lechos de piedras a medida que lo exigiera la humedad del suelo. Esta “técnica” o forma de acondicionar el espacio nos haría recobrar, para esta primera fase en concreto, la visión más específica del *crannog* —que no la del pretendido “palafito”— con la que se había querido también interpretar desde un principio el carácter de la Ereta (CHOCOMELI, 1946: 113).

Las primeras estructuras en piedra bien definidas se dan en la fase siguiente, Ereta II, representadas por los muros o alineamientos α y β que se alzan sobre la plataforma originada por los acúmulos antrópicos de EP-I (empedrados y restantes vestigios materiales de la ocupación). Los sedimentos que constituyen los estratos IV (en la base de dichos muros) y III, atribuidos a esta fase, delatan formas de deposición propias de zonas totalmente subaéreas, circunstancias que ya empiezan a detectarse en el transcurso de EP-I (estrato V) (FUMANAL, 1986: 168-170).

Los muros α y β parecen delimitar unos espacios domésticos (casas o viviendas), funcionalidad que

refuerzan el hogar y el pavimento de barro cocho que se relacionan con cada uno de ellos. Su desarrollo rectilíneo, a tenor de lo que muestran los tramos actualmente despejados, es del todo evidente, pero al nivel actual al que se encuentran los trabajos de excavación no es posible precisar con exactitud la planta de las viviendas a que corresponden; eso sí, se trata de grandes habitáculos, de disposición alargada, con muros formados por zócalos de piedra (los alineamientos α y β no serían más que éstos en un sentido estricto) y con una superestructura cuya naturaleza parecen revelarla las pellas de barro con improntas de cañas y ramajes halladas en los diferentes sectores excavados.

De acuerdo con la secuencia relativa de la Ereta y con lo que ésta informa a la más general del neo-eneolítico valenciano, los muros α y β suponen las primeras estructuras de esta índole reconocidas por ahora en dicho ámbito. Efectivamente, la mayor parte de los poblados de la zona con ocupaciones que pueden considerarse contemporáneas a la fase EP-II, dentro del Eneolítico precampaniforme, se caracterizan por la profusión de estructuras excavadas (silos, fosos, fondos de cabaña, etc.), tal como ejemplifican Les Jovades, en Cocentaina, Niuet, en l'Alqueria d'Asnar, o Arenal de la Costa, en Ontinyent, por citar algunos de los yacimientos mejor conocidos (BERNABEU, ed., 1993: 25-46); será en la etapa siguiente, en el denominado Horizonte Campaniforme de Transición, con el que se corresponde la fase EP-III, cuando empezará a tener un mayor significado el empleo de la piedra en la construcción y acomodamiento de los habitats, tal como se advierte en Les Moreres de Crevillent (GONZÁLEZ PRATS, 1986) o en la Rambla Castellarda de Llíria (MARTÍNEZ PERONA, 1988), aunque esto no supondrá la desaparición del tipo de poblado con estructuras excavadas (véase, para la caracterización de los poblados eneolíticos valencianos, una reciente puesta al día en BERNABEU, GUITART y PASCUAL, 1989).

La técnica constructiva de los muros α y β es también bastante singular, consistente, como hemos visto, en la delimitación de las caras externas por medio de lajas verticales hincadas en el suelo y el relleno con piedras y tierra del espacio intermedio. Esta técnica, sin embargo, no es exclusiva de la Ereta, habiéndose documentado igualmente en el poblado del Puntal del Olmo de Seco, de Ayora, en relación con unas viviendas de planta oval (BERNABEU, 1984: 105); el asentamiento, hay que señalarlo, ha sido adscrito a la última etapa eneolítica que representa el HCT (*Ibid.*).

Las otras estructuras en piedra de la fase EP-II corresponden a la serie de empedrados que dan contenido al estrato III, tratándose de verdaderos suelos de habitación, acondicionados de esta forma, en función de las áreas domésticas que encierran los muros α y β . Con toda probabilidad hay que ver nuevamente en estos niveles de empedrados una solución continuada de defensa contra la humedad del suelo, de acuerdo con unas condiciones generales del medio que no parecen haber desaparecido en el transcurso de la ocupación y que parecen haberse agravado en los últimos momentos de vida de la Ereta.

Desde estos supuestos es como cobra sentido la obra de acondicionamiento de mayor envergadura que experimenta el poblado en su tercera y última fase. Como ya hemos referido, el conjunto de los muros o paramentos γ , δ y ϵ , junto con las acumulaciones exteriores de piedras, constituyen las únicas estructuras por ahora reconocidas de EP-III; ello permite suponer que sean los mismos espacios domésticos que se inician con EP-II los que continúen utilizándose en este momento. Por consiguiente, EP-III ha de entenderse como una fase de construcción, en su mejor sentido, y no como un nuevo nivel de habitación totalmente desconectado del que inmediatamente le precede. Por otro lado, la sedimentología es bastante concluyente para el último tramo de la secuencia de la Ereta, el que corresponde al estrato I, esto es, EP-IV, que, como ya hemos subrayado, no puede relacionarse con un nivel propio de ocupación. El estrato I representa el último episodio acumulativo del yacimiento, denotando, en palabras de P. Fumanal (1986: 170), «un medio de sedimentación calmado, en una extensión de poca amplitud, probablemente a partir de un material en suspensión cuya depositación se haya efectuado con relativa rapidez». De nuevo, pues, parece reflejarse la vuelta a un ambiente encharcado, en el que la deposición de material hubo de realizarse en aguas quietas, tal vez producto de unas condiciones ambientales esporádicamente más húmedas (*Ibid.*, p. 172). EP-IV, por tanto, sería el resultado final de un proceso que ha debido manifestarse con antelación. Y en consecuencia también de esto último, la historia de parte de EP-II, pero sobre todo de EP-III, podría expresarse como la de una lucha contra las condiciones adversas del medio que debe de haber supuesto el aumento paulatino del lecho de "La Marjal". Sobre la cronología de este proceso, está claro que hay que situar su inicio, o al menos el de sus primeros efectos o repercusiones más directas sobre el

habitat de la Ereta, en el paso del II al I milenio a.C. A propósito de ésto, un cambio en las condiciones ambientales, afectando al régimen pluviométrico, ha creído detectarse en el SE peninsular a partir del 2.000 a.C. (CUENCA y WALKER, 1986), que se habría manifestado en las cuencas endorreicas de la zona por un aumento de las aguas de superficie.

Así pues, las estructuras que caracterizan EP-III creemos que deben valorarse como una obra de refuerzo del poblado necesaria frente al señalado ascenso del nivel freático de "La Marjal"; tal obra revistiría las características de un "dique" de protección, alzado en una de las partes más amenazadas del habitat, ya que se trata del extremo por donde circula uno de los cursos de agua que alimentaban el espacio lagunar y que siempre se ha considerado de los más caudalosos (CHOCOMELI, 1946: 97).

Respecto a algunos de los rasgos técnicos de las estructuras de EP-III, ya hemos señalado los cambios de concepto que ahora se observan en comparación con la fase anterior. El muro γ , por ejemplo, se muestra levantado a dos caras mediante el aparejo de piedras en seco y sin carear dispuestas regularmente; esta técnica, si bien se documenta en otros asentamientos del HCT (Rambla Castellarda), será la que encontraremos totalmente generalizada en los habitats del Bronce Valenciano. Por otro lado, las construcciones de EP-III, consideradas en su conjunto, no dejan de recordar a una escala menor las importantes obras de acondicionamiento que las recientes excavaciones han puesto de relieve en algunos poblados también del Bronce Valenciano. Se trata de extensos aterrazamientos, de grandes estructuraciones del espacio, a base de muros de gran anchura constituidos por abundantes hiladas de piedras sin carear, a veces con paramentos internos más marcados y regularmente espaciados, que proporcionan la imagen de unas grandes construcciones ataludadas. Esto se ha constatado en la Muntanya Assolada de Alzira y en la Lloma de Betxí de Paterna (cf. ENGUIX y MARTÍ, 1988; de PEDRO, 1990), aunque acondicionamientos y estructuras de este tipo han sido reconocidos en otros puntos del ámbito peninsular más cercano, como sucede en el poblado de El Acequión, en Albacete, por poner el caso de un yacimiento que se encuentra ubicado en un medio semejante al de la Ereta (FERNÁNDEZ-MIRANDA, FERNÁNDEZ-POSSE y MARTÍN, 1990).

Las estructuras de EP-III, como repetidamente hemos señalado, son las últimas que se evidencian en

la Ereta, siendo EP-IV, como también hemos indicado, una fase puramente sedimentaria formada cuando el poblado ya parece haberse abandonado. Las causas de este abandono han sido igualmente esbozadas con anterioridad, y aunque los datos palinológicos no concuerden del todo (DUPRÉ, 1988: 67-71), hay que buscarlas muy probablemente en una anegación del espacio habitable, si no completa, sí imposibilitando una permanencia en el lugar. Se trataría de las mismas circunstancias, relacionadas con el comentado cambio ambiental percibido a partir del 2.000 a.C., que habrían ocasionado un idéntico final para el poblado de El Prado, en Jumilla (Murcia), situado también en una cuenca interior semiendorreica (CUENCA y WALKER, 1986: 45).

El abandono de la Ereta, sin embargo, no implicará un desplazamiento radical de la población, que continuará asentada en la misma zona explotando el amplio abanico de recursos que favorecen los medios lagunares. Así lo revelan los establecimientos del Bronce antiguo localizados en los alrededores, y en especial el hoy desaparecido Altico de la Hoya (ALCÁCER, 1961), poblado emplazado en un pequeño montículo, a muy poca distancia de la Ereta, dominando por su parte este el entorno de "La Marjal".

En definitiva, la reconstrucción general que acabamos de exponer es la que creemos que por ahora explica con mayores posibilidades el funcionamiento de la Ereta como habitat. No obstante, subsisten todavía bastantes problemas considerada la Ereta como yacimiento. Hay que recordar sobre todo que la estación no ha sido excavada en su totalidad, por lo que se desconoce, para cada fase ocupacional en concreto, sus límites reales, su precisa topografía, si existe una continuidad en sus estructuras (horizontalmente, pero también verticalmente), etc. A decir verdad, únicamente conocemos uno de los extremos del yacimiento, el que se sitúa en el ángulo NE de la excavación, que, por otra parte, parece constituir un límite común a todas las fases entrevistadas. Por este extremo es por donde se desarrolla el "dique" de protección atribuido a EP-III, aunque por los problemas señalados, y haciendo servir ésto de ejemplo, no puede asegurarse si esta construcción circunvalaba todo el poblado en dicho momento o si solamente protegía, como anteriormente insinuábamos, una de las partes más amenazadas de inundación. Desde esta perspectiva de la continuidad o no de las estructuras, pueden plantearse otras cuestiones como la de por qué en algunos puntos del yacimiento los rellenos de piedras enlazan

desde la turba hasta las fases superiores de ocupación y en otros no. Carecemos, evidentemente, de los suficientes elementos de juicio para relacionar estos sectores que presentan mayores acúmulos de piedras con los presumibles límites del habitat en cada fase de ocupación, si hemos de pensar en unos espacios con mayor necesidad de acondicionamiento por su contacto más directo con el lecho de "La Marjal".

Como vemos, existen aún numerosos interrogantes que habrán de ser resueltos en los próximos años, cuando se reanuden los trabajos de excavación en este importante yacimiento valenciano.

JOAQUIM JUAN-CABANILLES
Servei d'Investigació Prehistòrica. Diputació de València.
C/ Corona, 36. València - 46003.

NOTAS

- 1 Participaron en alguna o varias de estas campañas, según los diarios de excavación: A. Barrachina, A. García, A. Martí, T. Martínez, M^a.P. Mas, C. Mata, J. Mateu, J. Miralles, V. Navarro, M^a. Oroval, M^a.J. de Pedro, J.L. Peña, J.J. Pérez, M. Pérez Ripoll, A. Ribera, L. Rovira, V. Sebastián, R. Soriano y V. Villaverde.
- 2 Participaron en la excavación: N. Álvarez, P. Berrocal, S. Cloquell, J.V. Escrivà, L. Gimeno y T. Orozco.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCÁCER, J. (1961): El Altico de la Hoya (Navarrés, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX, Valencia, pp. 101-113.
- BALLESTER, I. (1946): Ídolos oculados valencianos. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II (1945), Valencia, pp. 115-141.
- BERNABEU, J. (1979): Los elementos de adorno en el Eneolítico valenciano. *Papeles del Laboratorio de Arqueología-Saguntum*, 14, Valencia, pp. 109-126.
- BERNABEU, J. (1984): *El vaso campaniforme en el País Valenciano*. Trabajos Varios del S.I.P., n^o 80, Valencia, 140 p.
- BERNABEU, J., ed. (1993): *El III milenio a.C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina, Alacant) y Arenal de la Costa (Ontinyent, València)*. Ajuntament d'Ontinyent, Ajuntament de Cocentaina y Universitat de València, Valencia, 179 p.
- BERNABEU, J.; GUITART, I. y PASCUAL, J. LI. (1988): El País Valenciano entre el final del Neolítico y la Edad del Bronce. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Valencia, pp. 159-180.
- BERNABEU, J.; GUITART, I. y PASCUAL, J. LI. (1989): Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce. *Papeles del Laboratorio de Arqueología-Saguntum*, 22, Valencia, pp. 99-124.
- BLANCE, B. M. (1959): Estudio espectrográfico de algunos objetos metálicos del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia. *Archivo de Prehistoria Levantina*, VIII, Valencia, pp. 163-174.
- CUENCA, A. y WALKER, M.J. (1986): Aspectos paleoclimáticos del Eneolítico alicantino. En *El Eneolítico en el País Valenciano*, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante, pp. 43-49.
- CHOCOMELI, J. (1946): La primera exploración palafítica en España. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II (1945), Valencia, pp. 93-113.
- DUPRÉ, M. (1988): *Palinología y paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias*. Trabajos Varios del S.I.P., n^o 84, Valencia, 160 p.
- ENGUIX, R. y MARTÍ, B. (1988): La cultura del bronce valenciano y la Muntanya Assolada de Alzira: aproximación al estado actual de su investigación. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Valencia, pp. 241-250.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M^a.D. y MARTÍN, C. (1990): Un área doméstica de la Edad del Bronce en el poblado de "El Acequión" (Albacete). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX, Valencia, pp. 351-362.
- FLETCHER, D. (1961): La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX, Valencia, pp. 79-96.
- FLETCHER, D. y PLA, E. (1966): Excavaciones en la «Ereta del Pedregal» (Navarrés-Valencia). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VIII-IX, Madrid, pp. 76-80.
- FLETCHER, D.; PLA, E. y LLOBREGAT, E. (1965): *La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 42, Madrid, 21 p.
- FUMANAL, M^a. P. (1986): *Sedimentología y clima en el País Valenciano. Las cuevas habitadas en el cuaternario reciente*. Trabajos Varios del S.I.P., n^o 83, Valencia, 207 p.
- GALLART, M^a. D. y LAGO, M. (1988): Procedencia de las hachas pulidas del poblado de la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Valencia, pp. 233-239.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1986): El poblado calcolítico de Les Moreres en la sierra de Crevillente, Alicante. En *El Eneolítico en el País Valenciano*, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante, pp. 89-99.
- La Labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el año 1980*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 1982, 111 p.
- La Labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1981*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 1982, 168 p.
- La Labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el año 1982*. Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 1984, 139 p.

ESTRUCTURAS DE HABITACIÓN EN LA ERETA DEL PEDREGAL

- MARTÍNEZ PERONA, J.V. (1988): Puntal Rambla Castellarda (Llíria; el Camp de Túria). *Memòries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana, 1984-1985*, Generalitat Valenciana, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, València, pp. 239-240.
- MENÉNDEZ AMOR, J. y FLORSCHÜTZ, F. (1961): Resultado del análisis polínico de una serie de muestras de turba recogidas en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX, Valencia, pp. 97-99.
- PEDRO, M^aJ. de (1990): La Lloma de Betxí (Paterna): Datos sobre técnicas de construcción en la Edad del Bronce. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX, Valencia, pp. 327-350.
- PÉREZ RIPOLL, M. (1990): La ganadería y la caza en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX, Valencia, pp. 223-253.
- PLA, E.; MARTÍ, B. y BERNABEU, J. (1983a): Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Campañas de excavación 1976-1979. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 15, Madrid, pp. 41-58.
- PLA, E.; MARTÍ, B. y BERNABEU, J. (1983b): La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia) y los inicios de la Edad del Bronce. *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*, Zaragoza, pp. 239-247.